

LA ORATORIA COMO ARTE BELLO.

(Continuación.) *

III.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA ORATORIA.

De buen grado intentaría, para satisfacer cumplidamente lo que el tema pide, rapidísimo bosquejo de los caracteres artísticos, que ha revestido la oratoria en su larga y gloriosa carrera. Tal había sido mi intento desde los principios de este trabajo, para mejor demostrar lo que os llevo dicho, y tal vez lo hiciera á no extenderse el tema bajo mi pluma de tal modo, que temeroso ya por vuestra impaciencia, emprendo estas últimas brevisimas consideraciones.

La discusion, si tengo la fortuna de que siga á esta Memoria, irá trayendo como por la mano todos esos temas históricos de indisputable belleza y sobre los cuales debo pasar rápidamente, ciñéndome, para dar unidad á este trabajo y responder á lo que su condicion exige, á enunciar las leyes bajo las cuales nace, en mi sentir, y progresa y se desenvuelve la Oratoria. Son dos, y en realidad á una sola se reducen, de la cual arrancan las demas, y por la cual se explican:

1.ª La Oratoria surge, como una necesidad, en la vida espiritual de los pueblos, reflejando sus hábitos y sus aspiraciones.

Y 2.ª La Oratoria, por participar de la condicion de arte, y por sus fines sociales, cumple su desarrollo en los dias de libertad de las naciones.

Si teneis presentes las condiciones artisticas de este género literario que os he expuesto, resolvereis sin dificultad la duda propuesta á la discusion, afirmando que la Oratoria de nuestro siglo es superior á la de las edades pasadas, y que es legitima y posible esta comparacion, aun cuando no se resolviera en el sentido que deajo indicado (1).

Véanse los números 198 y 199, págs. 741 y 774.

(1) Suele afirmarse que es imposible resolver estos paralelos en la Oratoria, por las especiales condiciones de este Arte, en que tanto influyen los elementos todos de la palabra, la accion, el gesto, la entonacion, etc., haciendo arbitrario ó difícilísimo el juicio de todo orador que no hemos escuchado. Parece éste á primera vista uno de esos argumentos que demuestran de un modo concluyente una tesis; mas pensado con algun detenimiento, llega á convertirse en uno de esos fuegos de artificio, que deslumbran,

Es tan íntima la relacion entre la ciencia y la vida, entre la teoría y la práctica, que todo aquello que es cierto metafísicamente, resulta cierto tambien en la historia, en cuanto se disipan las oscuridades

pero que, en cambio, no queman. Desde luego, y sin dar por cierta la que Cormenin llama elocuencia del folleto, hay que separar de esta objecion toda la Oratoria académica y la forense, reduciendo la dificultad á la política y la sagrada, dirigidas á las muchedumbres, y en que influyen tanto esas condiciones materiales de la voz.

Aun respecto á ellas no creo justa la apreciacion que examino. Es un hecho, comprobado por la experiencia de cada uno, que cuando leemos un discurso que no hemos oido, nuestro sentido artistico reproduce por sí mismo la pasion, la entonacion, el gesto; en una palabra, al orador pronunciándolo, y que siendo, como casi siempre sucede, incapaces de pensar ó decir lo que leemos, en tanto que lo leemos parece que somos nosotros mismos los que hablamos, y en nuestro interior renacemos en el foro de Roma ó en la plaza pública de Atenas. Este impulso, que es el mismo que en el drama nos coloca, sin pensarlo, en las luchas y sufrimientos del protagonista y hace que el discurso no esté para nuestro juicio sin vida, sino que, al contrario, tal vez idealmente le hagamos mejor de lo que en realidad fuera; se explica por la condicion de la belleza, que no atiende á una, sino á todas las facultades del hombre, y vivifica en él los ideales muertos, como las esperanzas más imposibles. Así, pues, la entonacion, la pasion, que es el alma del discurso, la recreamos, por decirlo así, haciéndonos sujeto de ella y lo que únicamente no podemos reunir y perfeccionar, por completo, es la prosodia, que no nace del espíritu, sino del uso, que á su vez es dirigido por el gusto de cada pueblo. Y respecto á ella, aun tiene razon de ser el paralelo; pues no siendo esta parte la principal, ni mucho menos, del discurso, aplicamos la de nuestros dias y comparamos, en igualdad de circunstancias, dado que tenemos todo lo que hay de espiritual y de bello en el discurso.

Si hay error en esta apreciacion, el hecho es que todos los criticos e historiadores han caido en él, y que desde Otfried Müller, historiando la literatura griega, hasta los Compendios de Perron ó Constanzo, todos juzgan y comparan oradores que no han oido, y su juicio es á su vez aplaudido ó censurado. Es, pues, discutible la afirmacion que encabeza esta nota, y contra ella protesta el comun sentir de los escritores.

En mi opinion, se revela en ella un peligro para la critica literaria. No es sólo la Oratoria el arte en que influye el aparato externo. Más aun que en ella, es de notar este elemento exterior en la dramática. Sin representacion no hay obra dramática, y, sin embargo, se juzgan por la lectura solamente la mayor parte de ellas, y afirmamos que Séneca es el primero de los trágicos latinos, á pesar de no haber sido representadas sus obras. Si del discurso no puede formarse juicio sino por la audicion, cuyos elementos todos dependen de un solo hombre, mucho menos puede hablarse de obras escénicas, que no hemos visto, y en cuyo efecto influyen, no sólo los elementos materiales de la voz, sino hasta artes que nada tienen de literarias. Yo creo que hay la misma razon para aplicar estas enseñanzas á la dramática,

que enturbian los hechos, y los apasionamientos que oscurecen el ánimo. Si es ley de estética y de crítica la libertad del arte en sí, ley histórica habrá de ser también la libertad artística, y su confirmación en la Oratoria es lo que debemos indagar en los momentos presentes, después de haberlo demostrado para la lírica y la poesía dramática. Sólo con estos intentos y con ánimo de que el debate illustre estas materias apartándose al mismo tiempo de la crítica personalísima á que pudiera llevarle una investigación puramente histórica (no muy distante de la política), y en que habia de caberme gran suma de culpabilidad, me decido á tratar el último problema que el examen de la Elocuencia pide y á dejar esta parte más incompleta aún que las otras, ya que, á decir verdad, pienso que ha de ser la más discutida.

Arma espiritual dirigida hácia el espíritu del hombre, verbo hecho carne en las profundidades del alma, la elocuencia debió nacer ruda, inquieta, poco hermosa todavía, con la primera necesidad, con la primera aspiración del hombre. En todos los pueblos, en todas las sociedades, donde haya podido resonar la voz del hombre, ha vibrado la elocuencia más ó menos grande, más ó menos viva, más ó menos ardiente; en todas las épocas, en todos los siglos ha sido una necesidad santa del espíritu. Cada reforma religiosa ó política, cada descubrimiento, cada intuición, cada utopía, cada sacudimiento de los pueblos, ha sido expresado por la palabra; la fuerza misma, la fuerza brutal, que ha marchitado tantas veces la libertad, ha obrado siempre por la palabra ó contra la palabra, y de este modo, en su gloriosa historia, la elocuencia ha sido el rayo que anunciaba las revoluciones, la llama después que iluminaba su grandeza. Y la razón es clara. La palabra es lo único inmediato de que puede disponer el hombre, lo único eterno puesto á su alcance, y lo que más mueve y encadena, y de la palabra se han valido reformadores, utópicos, sabios y profetas, y con la elocuencia han ido cumpliendo su propaganda hasta que, extendido el incendio, la obra se ha consumado y la palabra ha sido su iniciadora y su maestra. La elocuencia nace del alma y va al alma, refleja las pasiones y las enciende; la opinión es la reina del mundo, ha dicho Pascal, y la palabra es la madre de esta reina.

y aún más para ésta que á la Oratoria, y, por tanto, pienso que así como forjamos el efecto de una obra de Esquilo, podemos imaginar un discurso de Demóstenes, cumpliendo con todo lo que la Crítica exige. De otro modo, sería muy extraño que no hubieran advertido lo imposible de juzgar obras no escuchadas críticos como Lessing, Wolf, Schlegel, Ticknor, Hegel y, en una palabra, cuántos se han ocupado del teatro griego, del oriental, del romano y aun del inglés ó el español de la edad moderna, de que apenas hemos visto, no muy bien representadas, una docena de obras.

¿De dónde arranca la fuerza de la palabra? ¿Hermosos misterios del espíritu que, sin embargo, se adivinan y se comprenden!

Cada filósofo produce su orador, cada escuela filosófica engendra una escuela oratoria. Oriente tendría sus oradores, buenos ó malos, que nos son desconocidos: Anaxágoras produjo á Pericles; Platon, á Demóstenes; los estóicos, á Catón; el cristianismo, los Santos Padres; el enciclopedismo, la Convención; y siempre la elocuencia, agitándose como las aguas de los mares, ha ido sobre la superficie de las sociedades mostrando las agitadas tempestades del pensamiento. Como esas plantas que nadie siembra y que hermosamente florecen, la oratoria nace espontáneamente para anunciar las horas de angustia de las naciones, ó llevarlas al camino de la redención con la esperanza de su grandeza. No parece sino que Dios está inspirándola siempre para que sea la Providencia de la historia.

Las discusiones de la plaza pública en Atenas dan fuerzas á Grecia para mantener vivo el espíritu nacional y vencer á los persas, y un rasgo de elocuencia eterniza el sacrificio inmortal de las Termópilas. El escepticismo había engendrado á Gorgias y á Prodicus de Ceos, y Sócrates acaba con los sofistas; necesita Atenas un gran ideal, y la inspiración elocuente de Platon lo revela á sus admirados discípulos; llegan los tristísimos días de la invasión macedónica, y Demóstenes, el orador más grande de los griegos, levanta aún la dignidad de su patria y la despierta contra Filipo; y más tarde, cuando el recuerdo de Marathón se había olvidado, y la antigua fiereza de los Dorios habíase convertido en refinada molición, aún Cimon, Licurgo y Atheno Lítias inspiran á los escasos defensores de su independencia, y la palabra es la última arma del pueblo de Milciades, de los vencedores de Salamina.

La filosofía estóica llega á su florecimiento en Roma é inspira su elocuencia política y sus oradores forenses; Catón, los Gracos, Mario, los Scipiones, sus comicios y su Senado, todos hacen la grandeza de Roma; y cuando la libertad cae extinta bajo las frías crueldades de Tiberio, la oratoria es el único consuelo de los romanos afeeminados, y la oratoria se extingue en los siguientes emperadores, quedando como inútil aparato el artificio vacío de la retórica.

El proceso de la edad greco-latina confirma la primera ley que os habia expuesto; la elocuencia surge con el crecimiento espiritual de la raza; en Grecia, pueblo de políticos y de filósofos, nace la elocuencia de Platon y la de Pericles; en Roma, pueblo que vive en el foro y en el Senado, la de Ciceron y los Gracos; la religion de Grecia se ex-

presa en la poesía; la religión romana es una entidad más en el Estado, y ni en un país ni en otro brota la oratoria sagrada. Tampoco debió alentar en Oriente, que es imposible el símbolo absoluto para la oratoria, y solo por símbolo se expresaban sus gigantescos panteismos; como sería imposible la política en aquellos pueblos de castas, cuya unidad asombra y cuyos inmensos monumentos son pequeños ante la inmensidad de su esclavitud y de su tiranía.

En un instante solemne se anuncia la redención del hombre, y en aquel mismo instante la palabra de Jesús seduce á las muchedumbres de Palestina, y el mundo sigue por vez primera el impulso de unas ideas, que hasta entonces no había escuchado. El sacrificio del Gólgota se consuma, la predicación comienza, y la oratoria sagrada nace animada por aquella altísima inspiración bíblica, por la severa narración del Génesis, por la gracia del libro de Ruth, ó por las sublimes concepciones del de Henoch, que no deja de ser bello por no haber sido declarado canónico. Son aquellos días sin noche en la historia del mundo, de grandeza sin ejemplo, de sublimidad sin parecido; aquella misión evangélica se cumple en una elocuencia inimitable, y, desde que las lenguas de fuego descienden á la cabeza de los Apóstoles, el porvenir del mundo es cristiano. ¿Sabeis por qué? Porque la caridad ardiente y la pasión religiosa vivísima que anima el alma de los varones evangélicos estalla en el lenguaje de la pasión y de la ternura, y sin ser retóricos llegan á ser elocuentes. El mundo antiguo, separado de la religión positiva, estaba unido á sus tradiciones por el arte: un libro ó una cátedra no hubieran realizado jamás transformación tan grande; la belleza de la oratoria cristiana consiguió hacer amable la cruz afrentosa del Calvario y llevar la buena nueva á una sociedad que había perdido la fe en Júpiter, pero que adoraba los lienzos de Fidias y el cincel de Praxiteles. El cristianismo no tenía arte, porque apenas había tenido vida histórica, y lo grandioso de su palabra tuvo que suplir la plasticidad y la belleza de todo el arte clásico. A los tres siglos, las cátedras de Antioquía, Alejandría, Cesárea, reemplazaban á las oscuras catacumbas; y San Clemente, San Justino, San Gregorio, Orígenes, Tertuliano, San Juan Crisóstomo y San Ambrosio llevaban á su siglo de oro la primitiva elocuencia cristiana. Era la necesidad nueva reemplazando á la necesidad antigua, y la elocuencia sirviendo como siempre de intérprete al progreso del pensamiento humano.

Las invasiones de los bárbaros sumergen en el olvido por unos siglos el arte y la civilización antigua. En el seno de aquella sociedad informe, goda,

franca, alana y romana se cumple un trabajo laborioso de depuración, del que no puede la oratoria esperar sino una transformación, después de la cual responda á las ideas nuevas. La briosa y enérgica sencillez del *placitum* germano debió brillar en las feudales asambleas de la Edad Media; y cuando éstas callan y se humillan, queda sólo en aquellos tiempos la voz de los heresiarcas al lado del renacer de la elocuencia cristiana. Rienzi, invocando las antiguas grandezas de Roma; Arnaldo de Brescia y Savonarola, protestando contra los abusos del papado; Estéban Marcel y tantos otros al lado de San Bernardo y de San Vicente Ferrer, representan las dos corrientes que se agitan en el mundo europeo. Cuando este antagonismo llegó á su último grado y se fecundó con la sangre de los mártires y con el ejemplo de Juan Huss, Jerónimo de Praga, Wiclef, los Valdenses y los Albijenses, la Reforma estalla en Alemania á la voz poderosa de Lutero, á la dulzura del ilustre Melancton, al áspero llamamiento de Calvino, al brioso de Ulrico de Hutten, ó á las plegarias de Zwinglio, bellas como las flores de los Alpes y puras como el agua de sus hielos, según frase preciosa de un historiador de la elocuencia. Era otra idea que estallaba, y la palabra la sirvió una vez más de anunciadora y de profeta.

Desde la Reforma, la historia entera se enlaza y teje con facilidad admirable; el problema religioso se aduna al político, y mientras en el continente se extinguen los últimos restos de la elocuencia política, la revolución de Cronwell despierta el espíritu parlamentario de los ingleses, y á vueltas de la tiranía de los Tudores y de algún Estuardo, la libertad política sigue viviendo en Inglaterra hasta los días que corren, y la oratoria revelando la historia del Reino Unido.

El despotismo académico y artesano de los Borbones en Francia, el impulso dado por la filosofía cartesiana, el desarrollo de los estudios clásicos y la creación de corporaciones ilustradas, significan el crecimiento científico de los siglos XVII y VIII, y son causa á que la elocuencia, atendiendo á este nuevo momento de la historia, adquiriera la forma académica, aumentando así sus méritos, conforme crece la actividad espiritual de los pueblos. El fin y término de este desarrollo religioso y filosófico fué la revolución de 1789; una multitud de oradores respondía á cada tendencia de las doctrinas; Mirabeau, inspirado por Montesquieu y Turgot; Danton, siguiendo las máximas de Diderot; los unos apoyados en la tradición de Voltaire, los otros orgullosos con imitar á los Gracos y seguir el ejemplo de Rousseau. En los demás movimientos de la historia, una doctrina sola se había expresado; aquí era universal la variedad, como era universal la revolu-

eion. La elocuencia había llegado á su plenitud en la política, y se esparció por el mundo. Washington acababa de hacer libre á América; Napoleon quiso hacer esclava á Europa, llevando la espada de brumario en una mano y las declaraciones de 1789 en otra; poco después la espada rota en Moscou y Zaragoza se enmohecía en Santa Elena, y en Bélgica, en España y en Italia brillaba la palabra de la revolución, que había escarnecido, y los derechos del hombre, que había destrozado.

Lo mismo que en Grecia, de igual manera que en Roma, la elocuencia había revelado el progreso en la Revolución y en la Reforma. ¿A qué seguir más adelante y llegar á épocas tan próximas á nosotros, que unos las recordamos con amor y otros huyen ante ellas con espanto? Probado queda, en mi sentir, lo que no creo que seriamente pueda ser puesto en duda: que la elocuencia no florece á capricho y sin interés ninguno, sino que va, de un día á otro día, creciendo en méritos y en esperanzas, segun va el espíritu mostrando su inagotable esencia en la infinita serie de revelaciones é intuiciones con que mantiene y sigue desde los principios de la historia ese deseo vago y constante, que le lleva á la grandeza del sacrificio y al olvido de los afectos propios en interés del porvenir de la humanidad.

Lo que en manera alguna puede admitirse, y no lo admitireis vosotros, porque sería romper con todo lo afirmado, es la opinion seguida comunmente despues de Aristóteles, que fija los orígenes de la elocuencia en Corax y Tisias, retóricos de Sicilia; y explica su aparicion en Grecia por el viaje de Gorgias. Imposible parece que, conocido el orgullo semi-divino de los griegos y su instinto artístico, se creyese nunca que la elocuencia fuesen á aprenderla de la viciosa Siracusa; más imposible todavía pensando que lo que inspiraba á Gorgias era la retórica, distinta y bien distinta de la elocuencia. No; la elocuencia no aparece con los sofistas; Ciceron y Petronio protestan contra el empeño de los retóricos, y la crítica moderna confirma lo que os llevo dicho; sosteniendo que la oratoria, siempre latente en el genio griego, florece y esparce sus galas con la caída del último rey ateniense. «La persuasion residia en los labios de Pisistrato,» dice Ciceron en Bruto; «Temistocles parece destinado á gobernar los hombres y los sucesos,» dice Thucydides; y Aristides el Justo, y Solon, y Licurgo, y tantos otros hombres ilustres que engendró la libertad griega, eran grandes oradores formados por la naturaleza, y no por el arte de Gorgias ó Protágoras. La palabra nace en Grecia como en todas partes, viva, coloreada, espontánea, y, sin embargo, se ha pensado que la oratoria virgen de Atenas venia de la prostituida Siracusa.

Realmente la historia presente excusa otra demostracion en favor de la libertad artística; mas parece moda ponerla en duda, y esto exige más detencion de la que quisiera. Valiéndose de la doctrina de que el arte es *forma pura*, entienden ó aparentan entender muchos, que nada importan los *derechos individuales*, ni el *progreso en la industria* para su mayor belleza; y seguro que presentada la cuestion de este modo, pierde toda su seriedad, para convertirse en una de tantas ironías que se emplean contra nuestro siglo.

No son los *derechos individuales* los que deciden los progresos y crecimientos del arte, sino la libertad como fuerza y energia social: de que el arte sea forma pura se sigue que ha de revelar un contenido cualquiera, y claro está que cuando la ley ó la costumbre impida la expresion de éste, el poeta, apisionado en un momento histórico y forzado á enmudecer, ó cantar algo que no le inspira, es un genio que declina ó desaparece. ¿Cómo bajo una cultura ortodoxa pudiera expresarse la infinita variedad artística que va de Lessing á Lamartine, de Victor Hugo á Leopardi, de Byron á Manzoni y de Shelley á Espronceda ó á Quintana? De ninguna manera.

Mucho más notable es esta influencia en la oratoria: ¿Cómo ha de vibrar igual é independiente la voz de sabio, del sacerdote ó del tribuno en esos dias de la historia en que el espíritu se extiende y todo puede decirse y predicarse, que en esos otros de asfixia de los pueblos en que la sospecha es un delito, y en que, en lugar de la palabra, se escucha sólo la voz del delator y la cadena del esclavo? ¿Cómo ha de predicar Lutero, ante el cadáver apedreado de Savonarola, ni ha de hablar Herschell en la prision de Galileo, ó ha de inspirarse Mirabeau en una cámara de los Tudores?

La elocuencia sagrada se inspira en la propaganda, y no hay propaganda donde no hay varias creencias, ni creencias distintas donde la libertad no existe: la oratoria política nace con la revolucion y muere por ella; la académica solo vive cuando la discusion es permitida y el choque de los sistemas la promueve: hasta la forense tiene más vuelo en el foro romano, que en nuestros tribunales colegiados, atentos á la letra de ley, ante la cual se quiebra la inspiracion y plega sus alas el genio.

Y es que la libertad es en todo bendita y fecunda é ilumina hasta á los mismos que la niegan. De Maistre, Donoso Cortés, Bonald, Dupanloup, tantos otros vivos y muertos, son oradores de nuestro siglo, y sin embargo, le maldicen á todas horas; ateos de la libertad, tan ateos como esos otros que reniegan continuamente de Dios, llevando el sello de su gloria en la conciencia! Toda voz que brota pidiendo una reforma, exponiendo un sistema, en-doctrinando un mundo, es una prueba de libertad,

no de esa bulliciosa del motin, que se mancha en el lodo de las calles, sino de la santa, de la inefable, que es ley eterna y revelacion para el espíritu; sin ella, la oratoria muere.

No es necesario penetrar muy hondamente en los secretos del pasado, ni indagar ignotas leyes históricas, para convencerse de cuán cierto es lo que he afirmado. Grecia, la tierra santa del arte y de la filosofía, la madre de Europa, ofrece con las grandezas de su República la elocuencia viril de sus generales y sus caudillos, hasta llegar á la fastuosa de Pericles, que con el lenguaje de la libertad enseña el camino de la dictadura, despues la hermosa de Demóstenes en que aún alienta la independencia helénica, y al fin con el envilecimiento de la república la impúdica sofisteria de Cleon, tan fuertemente condenado por Aristófanes. Roma sigue el mismo camino que Grecia. Ruda, ménos artística y más guerrera, su República tiene por oradores á Catón, Fabio Galba, Craso, los Gracos; llega un instante en que Julio César hace de Pericles un romano, y enseña á unir la espada á la palabra, y Roma, con ménos elementos de libertad que Grecia, cae al punto en la decadencia y el despotismo de Tiberio. Ciceron vive esta edad de la oratoria romana, y expresa el grado más perfecto de la oratoria antigua, los gérmenes de perdicion de la nueva, que ha de ser la palabra puesta al servicio de las más bastardas ambiciones y de la adulacion más cobarde. Mientras Roma y Grecia conservan, como Vestales, el fuego de la libertad, tienen oradores; al acabarse su República enmudeció el foro, y cómo la ola se retira rugiente al chocar contra la peña que la resiste humillada, la oratoria buscó un refugio en los Anales de Tácito hasta la llegada del cristianismo. Y para que veais si en efecto la libertad impulsa la oratoria, comparad su caída en Grecia y Roma; allí hay un período de Demóstenes á Cleon en que aún el patriotismo lucha y la palabra vive; en la ciudad de los Césares parece que, con el asesinato de Ciceron, la oratoria cae degollada ante el hipócrita Augusto ó el sombrío tirano que le sucede.

La empresa no igualada de la propagacion del cristianismo, se cumple por medio de la palabra. Alejandria es entónces el asiento de todas las doctrinas; ella recibe influencias de Asia y de Europa, de Platon y de los Santos Padres; en su seno viven San Clemente y Plotino, y de allí parte la elocuencia que ha de irse extendiendo por todo el mundo. ¿Quién negará que aquellos tiempos heroicos del cristianismo han sido los de su grandeza y los de su libertad? La ortodoxia, apenas bosquejada, la oposicion por todas partes manifiesta, dan á aquella edad un carácter de fusion y de confusion de dos mundos, en que la palabra

sirve de arma para decidir el triunfo de la idea cristiana. En el momento en que la alianza entre Constantino y la Iglesia se consuma, comienza á apagarse esta gloriosísima historia, las escuelas paganas se cierran, y en el conflicto universal que suscita la entrada á la civilizacion de los pueblos del Norte, todo se oscurece para nosotros, pudiéndose entrever únicamente en medio de nieblas y densísimos velos una lucha entre la tradicion pagana y el cristianismo, que dura hasta el siglo VII; otra entre el espíritu y el idioma, que acaba en el XII con la aparicion de los romances.

No es posible recordar sin pena aquellos días que siguen á los de los varones apostólicos. Llenos de esa familiaridad sublime que enlaza los grandes oradores con las muchedumbres (1), parecía que los Santos Padres, que venian á predicar una idea de igualdad, querian hasta en la forma renacer el antiguo tribunado del pueblo. Con una idea más grande que la que habia inspirado á los Gracos ó á Pericles, Gregorio de Nazianzo, Basilio de Cesarea, Juan Crisóstomo tienen delante de sí, en un dogma sin formar, Dios, el Verbo, la eternidad del alma, la redencion, todas aquellas ideas que habian de ir precisando los Concilios y que entónces vagaban en el alma de los apologistas. No es ya cuestion de conquistar un pueblo, como en el Senado romano; se trata de conquistar lo infinito: calculad hasta qué punto podia llegar la ardiente exaltacion cristiana. Desde el atrevimiento respetuoso de Athenágoras, hasta la erudicion de San Teófilo, la dulzura de San Justino y las maravillosas audacias de los que llevo citados, todos los matices caben en la elocuencia de los Santos Padres.

Despues de ellos, la elocuencia cristiana, agitando en los concilios en forma didáctica las más graves cuestiones, pasando por las controversias de dominicos y franciscanos y las brillantes declaraciones de los heresiarcas, vuelve á renacer en España con Juan de Avila y Luis de Granada y otros muchos, contra la opinion de Ticknor y de Maury,

(1) En los primeros siglos, dice Fleury, nadie más que los obispos predicaban. El prelado explica el Evangelio ó cualquiera otra parte de la Escritura, cuyo libro tomaba para explicarlo seguido, ó escogiendo los puntos más importantes. Sus discursos son sencillos, sin arte, sin divisiones aparentes, sin razonamientos inútiles, sin erudicion curiosa, algunos sin movimiento oratorio, la mayor parte concisos. Verdaderamente esos obispos no pretendian hacer arengas ni discursos, sino hablar familiarmente como padres á sus hijos ó maestros á sus discipulos. Por eso, sus discursos se llamaban homilias en griego y sermones en latín. Explicaban la Escritura por la tradicion de los Padres para la confirmacion de la fe y la correccion de las costumbres. Intentaban conmovier, no tanto por la vehemencia de las figuras, como por la magnitud de las verdades que predicaban, por la autoridad de sus cargos, su santidad personal y su caridad. Ponian su estilo al alcance de sus oyentes. (Mœurs des Chrétiens, núm. XI.) — (5)

que estiman de escasa valía nuestra oratoria sagrada (1); y en Francia con Bossuet, Bourdaloue, Rapin, Fenelon, y poco más tarde Poulle, Flechier y Masillon. Y, cosa extraña, y que llamaba sobremanera la atención de Lammenais: el estudio de los Santos Padres, de los grandes modelos se fué descuidando; Fenelon, Bossuet y Granada fueron quizá los que más lo atendieron, y aún así, no era ya con el mismo espíritu y con tendencias iguales á las expresadas en Alejandría. Aquellas síntesis maravillosas, tocadas del espíritu platónico y de las sectas gnósticas, aquel espíritu de democracia y aquella representación social que adquirían, no estaban en el carácter del siglo XVII. Los Padres de la Iglesia habían escrito en un espíritu de libertad y se leían con un espíritu de servidumbre, contra la protesta nacida en la Reforma. Pascal penetró más hondo que Lammenais cuáles eran las causas por que se había olvidado la tradición gloriosa de los Ciprianos y de los Clementes (2).

(1) No pueden dejarse pasar sin protesta las frases de este último, que declara no conocer otro orador español de alguna importancia que Santo Tomás de Villanueva, predicador del emperador Carlos V. Profundo desconocimiento de nuestra historia literaria entrañan semejantes afirmaciones. No entiendo, como Ticknor, que se opusieran al desarrollo de la elocuencia sagrada los mismos obstáculos que al de la política, sino que estimo más bien que el movimiento de los siglos XVI y XVII volvió la oratoria cristiana á su primitiva hermosura. Apenas si de todos nuestros místicos hay alguno de quien no se haya dicho ser un elocuente orador sagrado. Nieremberg, Malon de Chalde, Juan de Avila, Diego de Estella, Granada, Zárate, Leon, hicieron brillar su palabra en la cátedra del Espíritu Santo, recordando aquellos tiempos en que los fieles se agrupaban alrededor de sus obispos para beber de sus labios la palabra sagrada: y es que entre la escolástica y la mística media un abismo, y en estos autores se refleja el puro espiritualismo de la segunda. A ellos hay que añadir todos los españoles que de Trento trajeron gusto y aficiones oratorias, como Pacheco, Guerrero, Perez de Ayala, Alfonso Salmeron, Pedro Soto, Diego Laynez y Gaspar Carrillo de Villalpando. Este desenvolvimiento de la elocuencia española, reconocido por el Sr. Bravo y Tudela en su «Historia de la Elocuencia Cristiana», viene en un tiempo en que, según confiesa Mr. Juvenal de Carleucas, estaba de tal modo la francesa, que no bastaron á levantarla los esfuerzos de Senault y Lingendés, y fué preciso el movimiento español y la imitación de nuestros predicadores, inspirados directamente en los Santos Padres, para que al siglo de Leon y de Granada sucediese el de Bossuet, Masillon, Flechier y Bourdaloue.

Confírmame en esta opinión mía, tan poco seguida además de trabajos recientes del Sr. Garnica, la docta pluma de Mayans y Siscar, que en su *Oracion sobre la Elocuencia española* (1727), y más tarde en su *Orador Cristiano*, sus *Ensayos oratorios* y la oracion puesta al frente de la «República literaria» de Saavedra cuando por segunda vez, bajo el nombre de su autor se imprimía, recomendaba la necesidad de volver á nuestras antiguas bellezas, olvidando los «afectados delirios» de la escuela de Paravicino: ¿cómo decir tal cosa sinada hubiese valido en nuestro suelo esa elocuencia?

(2) Pascal.—Cartas provinciales.—Carta V.

También la tradición de los Gracos iba perdida, en el seno de la edad media. Aquellas decantadas libertades, que no eran otra cosa que los privilegios del fuerte, no podían inspirar á la oratoria; y dejando como aislado el momentáneo triunfo de Rienzi ó las arengas de algún repúblico italiano, es lo cierto que la elocuencia política no vuelve á tomar cuerpo hasta la revolucion inglesa. No fué muy largo ni extremado por lo brillante este despertar de la tribuna; Inglaterra no cuenta con más oradores verdaderamente ilustres que los del siglo XIX en que ha sido al fin una verdad continua y no desmentida el poderío de su Parlamento.

La independencia de los Estados-Unidos y la sacudida europea de 1789 hacen surgir la oratoria política moderna. Pasad la vista por el *Libro de los Oradores* y por la historia de Francia en este período: en aquel vereis las figuras más eminentes; en esta vereis latir la Constituyente, la Legislativa, la Convencion, el Directorio, el Imperio, la Restauracion, esa epopeya de los últimos decenios, y á la sombra de tales sucesos id observando cómo pasa y cómo decae la elocuencia. Todos conoceis las sombras augustas de aquellos grandes oradores, de aquellos inmortales tribunos. Desde que los Estados generales se reúnen en Versalles y Paris, la agitacion nacional demuestra lo imponente de aquella lucha; allí se daban duelo á muerte lo presente y lo pasado: del partido de la revolucion, Duport, Lameth, Chapelier, Target, Barnave y Mirabeau; del lado de la antigua monarquía Mounier, Clermont-Tonnere, Lally-Tollendal, Cazales y Maury: jamás una Asamblea ha deliberado tanto, ni sobre tales materias; jamás se ha penetrado tan hondo ni tan lejos para discutir las leyes, ni desde los tiempos de Moisés hubo un poder más universal y más absoluto. La tribuna de 1789 parecía una inmensa fragua en que se trabajaban los intereses y los derechos de la humanidad; ora resonaba viva y brillante la improvisacion en boca de oradores célebres; ora una voz grave se elevaba sobre todos los murmullos y todas las protestas; el pueblo intervenía al orador; la Montaña se agitaba impaciente; el debate continuaba entre la ansiedad de todos; los aplausos eran violentos las censuras crueles; á la desesperacion de los vencidos, respondia el grito de alegría de los vencedores; el discurso, como la regeneracion que se discutía, era de todos y para todos, y cuando vibraba el eco del dogmático Sieyes ó de Mirabeau, del obispo de Clermont ó de Bureau de Puzy, no eran ellos en realidad los que hablaban, era Francia entera, que rugía frenética y delirante en aquella cuna del derecho, pidiendo con su libertad la de todos los pueblos y la de todas las razas.

Al 93 le falta la grandeza del 89; le falta también su espíritu de discusion, sus nobles instintos y su

infinita tolerancia. Barnave, que se opuso á la muerte de Luis XVI; Mirabeau, que parecia el único capaz de sujetar las turbas, ya no alientan; la Gironda muere asesinada por los jacobinos; la revolucion devoraba sus hijos, como profetizó Vergniaud; y sin la libertad de la Constituyente, apénas Vaublanc, Pastoret, Becquey y otros, sin energia y sin vehemencia, intentan contener el terror que paraliza las fuerzas de Francia, bajo Marat y Robespierre, y que acaba por entregarla prostituida y desagrada á la ficcion del Consulado, que se termina en la tiranía del Imperio. En esta época azarosa, la palabra refleja las dos tendencias que aún luchan; la de los girondinos, que buscan la República dentro de la ley; la antigua Montaña, que busca la República entre el lodo y la sangre de la guillotina (1). Lamartine ha trazado en páginas inmortales estos recuerdos de la revolucion francesa, en que la principal oratoria pasa de los clubs á la Convencion, ofreciendo el gran espectáculo de una lucha á muerte con los girondinos. Hoy es Vergniaud que defiende á Luis XVI; mañana Danton, que acusa á Vergniaud y á sus compañeros; poco despues la sentencia de Danton, y al otro dia Tallien, Barrière y sus amigos, que condenan á Robespierre. La Convencion es una Cámara extraña por la que pasan, hoy venedores, los guillotinos de mañana; es el fiel reflejo del pueblo ciego y precipitado á la demagogia, y su oratoria es tambien brusca, enérgica, casi siempre incorrecta, dominada por las circunstancias en muchas ocasiones, pero todavia viva, porque aunque brutal queda un resto de libertad que la alienta y que la sostiene. La palabra francesa del período convencional aún tiene algo de gigante y de hermoso; sus violentísimas pasiones, su fogoso atrevimiento, su trascendencia social; cuando la Convencion muere, la oratoria enmudece; para no reaparecer hasta las Cámaras constitucionales de los Borbones con el diputado Manuel, el general Foy, el ilustre Benj. Constant, Casimiro Perier y Royer Collard, en la izquierda; De Villele, de Martignac, Labourdonnais y De Serre, en la derecha. Y el Impe-

(1) Parecia, dice Timon, que una espada suspendida por algun hilo invisible se paseaba sobre la cabeza del presidente, de cada orador, de cada diputado. La palidez estaba en los rostros, la venganza bullia en el fondo de los corazones. La imaginacion andaba llena de funerales y de cadáveres. Un estremecimiento de muerte corria por todos los discursos. Solo se hablaba con palabras entrecortadas, y como involuntariamente, de crímenes, de conjuraciones, de traiciones, de complicidad, de cadalso.

— El orador se lanzaba á la tribuna, los ojos encendidos, el puño cerrado, anhelante el pecho, para acriminar ó para defenderse. Se ofrecia por testimonio de inocencia la cabeza. Se pedia la de los demas; se invocaba para todos los crímenes sin distincion la pena capital. Solo faltaba en la Asamblea el verdugo, que no estaba lejos. (Libro de los oradores.)

rio? preguntareis sin duda. ¡Ah! señores, el Imperio habia ahogado bajo su inmensa pesadumbre, habia hecho temblar bajo su omnipotencia cesarista, aquella eflorescencia de la palabra republicana; en vez del tribuno se oian los clamores de la patria desgarrada en Austerlitz y en Leipsick; y es que lo mismo que la primavera de las flores no se logra bajo los hielos del invierno, tampoco la primavera de la palabra puede lograrse bajo el despotismo ni la tiranía, que son el hielo que seca y mata todas las hermosuras del espíritu.

Tambien estalla en América, favoreciendo el desarrollo de la oratoria política, una conmocion, si no tan universal y profunda como la francesa, grande al ménos, y fecunda para el triunfo de la democracia. Las cuestiones nacidas, desde mediados del siglo XVIII, entre Inglaterra y sus colonias, á causa de los impuestos, y contenidas apénas por la prudencia política de lord Chatham, en 1766, producen agitacion indescriptible cuando al año siguiente, enfermo el ilustre Pitt, hace aprobar Townshend al Parlamento, á instigaciones del despechado lord Grenville, el *bill* por el cual se establecia el supremo poder de las Cámaras inglesas para legislar sobre las contribuciones de Norte-América. Boston presencia los primeros motines contra las tropas y las autoridades británicas, y entónces se constituye, sin precedentes todavia, una junta popular, modelo sin duda de aquellas que, segun Hildreth, habian de ser más tarde el poder supremo de la Union americana.

Algun tiempo ántes no hubiera sido esta excitacion peligrosa; pero en 1767 habia fermentado ya en los Estados, como Massachussets, Virginia y Carolina del Sur, aquel germen de libertad que, segun Guizot, aunque no siempre, llevaba Inglaterra á sus colonias; y en escritores y tribunos, en folletos, periódicos y *meetings* comenzó á mostrarse públicamente el descontento contra la política de la Gran Bretaña. La elocuencia surgió ardentísima y variada en aquellas horas que preparaban el nacimiento de una gran república. Henry, persuasivo y vehemente; Pendleton, Bland, Jorge Wythe, Peyton, Randolph, Roberto H. Lée, el Ciceron de Virginia; Washington, popularísimo ya en aquella fecha, pero nunca orador de grandes condiciones; Jefferson, elegante, impetuoso y ardiente; Otis, correcto y persuasivo; Adams, Caton de aquella república naciente; Hancock, fastuoso en el trato y en el lenguaje; Cushing, Cooper y Roberto Treat Paine, abogado de fama y orador de irresistible lógica, son las figuras más importantes de Massachussets y de Virginia, de los dos Estados iniciadores de aquel movimiento, y uno de los cuales hizo públicas las sesiones de sus Cámaras para que el pueblo se enterara

de las discusiones; en tanto que en la Carolina del Sur, Rutledge, Ramsay y Gadsden, aconsejaban todos los medios para una solución, menos la renuncia de los derechos legítimos.

Las ideas se tradujeron en hechos, y la guerra comenzó en 1774 contra la madre patria, tratándose primero de peticiones al rey y avenimientos con la Metrópoli; para terminar, después de la victoria de Lexington y la unión de Georgia, por la influencia de Washington y Jonshon, en la reunión del Congreso y la declaración de independencia. En 1783 se termina el tratado de paz con Inglaterra, y en aquella Convención federal de 1787 aparecen como grandes oradores los patricios ilustres de los últimos años, Hamilton, Benjamin Franklin, Climer, Madison, G. Davie, Juan Rutledge, hermano de aquel orador de la Carolina, Jefferson, Knox y Fisher Ames, que durante la administración de Washington van revelando cómo llegó á influir á través del Atlántico el espíritu inmortal de la revolución francesa.

El 14 de Diciembre de 1799 es una fecha tristísima en la historia de los Estados-Unidos; gloriosa en la de su elocuencia; pues llegó á mostrar, en las frases sentidas y enérgicas de Lee, en la oración fúnebre del Dr. Mason y en el apasionado y tiernísimo discurso de Marshall, cómo lloraba el pueblo americano ante los inanimados restos de aquel *Padre de la Patria*, que, á no haber existido Lamar-tine, sería la figura más gigante del siglo XIX.

Bajo las presidencias de Jefferson, Madison, Monroe ó Juan Quincy Adams, sólo brillan además de éstos, distinguidos todos en el Parlamento antes de ser elevados á jefes de la Unión, Clinton y Eduardo Clay, antes de la guerra de 1814; Webster y Benton, hasta la presidencia de Jackson, en uno de cuyos Congresos (1834) se promovió uno de los debates más notables desde muchos años (con motivo de haber retirado el presidente los depósitos del Banco), en que además de los oradores indicados se señalaron Poek y Calhoun. La Convención democrática de Baltimore, fundada en 1839, da vigoroso impulso á la elocuencia popular, que sigue al lado de la parlamentaria, en que brillan Harrison, Taylor y Francklin Pierce, reemplazando á Clay y Webster, que mueren poco antes de llegar Abraham Lincoln á la presidencia de la República y de comenzar esa última serie de sucesos que están demasiado próximos á estos días para ser serenamente juzgados, y que además nos son á todos conocidos.

La elocuencia norte-americana se asemeja en poco á la francesa, pero revela cada una de ellas un modo de ser y un arte diferente, y ambas por eso deben ser cuidadosamente estudiadas. Quizás ni una ni otra son modelo de oratoria política, y la ría é inglesa serenidad de la una busque, á modo

de sangre nueva, algo de la irresistible impetuosidad de la otra, mientras ésta á su vez necesite algún hielo que temple sus fogosísimas exaltaciones y que separe á instantes la pasión de temas y negocios, á que, por su carácter, no se presta.

Mas se halla esta consideración en la conciencia de todos, y no necesito insistir sobre ella.

Os dije antes que en mi sentir la elocuencia política moderna nace con la independencia de los Estados-Unidos y la revolución francesa; debía haber añadido que con el advenimiento de la democracia arraiga también y florece bajo el cielo nebuloso de Inglaterra. En 1832, con la elevación al trono de la reina Victoria, comienzan realmente las reformas que hoy constituyen la libertad política de la Gran Bretaña, y con ellas el predominio de la Cámara de los Comunes y del *meeting*, que es donde señaladamente vive en aquel país la elocuencia política. Revistese ésta en Inglaterra de los mismos caracteres que en los Estados-Unidos, con muy contadas excepciones. Después de Pitt y Canning, los dos más notables de principios de este siglo, Rusell, Peel, Palmerston, Henry Addington, Evelyn Demiston, Derby, Disraeli y Gladstone son los representantes más acabados de aquella elocuencia parlamentaria, tan distinta de la nuestra, como son distintos su clima y nuestro clima, y tan serena, lógica y razonadora, como es la nuestra de apasionada y de vehemente. Aun los mismos tribunos del partido *wight* no abandonan estos rasgos generales de la elocuencia inglesa, y sólo de este modo se comprende el éxito asombroso y la profunda admiración que despertó el apasionado O'Connell moviendo con su palabra las muchedumbres de su patria. El conde de Montalembert ha referido con entusiasta aplauso el carácter, las condiciones y hasta la causa misma de aquel orador irlandés, latino por sus creencias, por su alma entera y por su estilo mismo.

No necesito para enaltecer la influencia de la libertad en la oratoria, descender al recuerdo de otros países, no de tan gloriosa historia como los que llevo citados; mucho menos llegar á tiempos de cuyos sucesos hemos sido actores ó testigos, ó hablar de nuestro país para que la pasión política enturbie los juicios y oscurezca famas y glorias que ya no son de ningún partido, sino de la patria que los alimentó en su seno, y de la humanidad entera, que honraron con su mágica palabra. Quédese esto para trabajos de otra índole, en que la verdad puede con ancho espacio y maduro exámen quedar esclarecida y depurada. ¿A qué buscar ahora demostraciones siempre peligrosas, y traer al debate nombres que deben ser para todos sagrados? ¿A qué acudir otra vez á la vecina Francia, para referir sus grandezas desde 1830 y los desfallecimientos de su

tribuna, y nombrar á esta discusión al lado de Lamartine Berrier ó Thiers, oradores que aún viven, y que hoy están dando al mundo el espectáculo grandioso de la Constituyente, pero dentro de la legalidad y de la justicia?

EMILIO REUS Y BAHAMONDE.

(Concluirá.)

LA MOGOLIA Y LOS MOGOLES.

(Conclusion.)

El mogol dista mucho de ser un modelo de honradez. El coronel Prejevalsky, el P. Huc y otros exploradores que han recorrido la Mogolia, se lamentan del desenfado con que toma lo *tuyo* por lo *mío*, y se apropia, sin pensar mal, el bien ajeno, juzgándolo cosa muy natural.

Generalmente es muy curioso, pero su sagacidad natural no es bastante cuando se trata para él de traspasar el límite acostumbrado de su experiencia: es de una estupidez irritante cuando se le explica alguna cosa que no conoce.

A pesar de todos sus defectos, es buen padre de familia y comparte con los suyos cuanto tiene de bueno que ofrecerles. Es hospitalario y afable.

Respeto poco á los superiores: se somete á los saludos y á las genuflexiones de rigor, pero aparte de estas ceremonias se permite fumar delante de su jefe y charlar familiarmente con él. Estas libertades son un resto de la independencia á que le hace habituarse una prolongada estancia en el desierto.

Le gusta hablar; sus conversaciones favoritas son las que se refieren al ganado, á la medicina y á la religion.

Se casa temprano. En general, el matrimonio se arregla por los parientes ó por amigos officiosos, pero rara vez por los interesados. Cuando se llega á un acuerdo y el casamiento se juzga conveniente, las familias firman un contrato. El padre del novio lleva á la familia de la novia una cabeza de carnero cocida, leche y una manteleta de seda blanca; despues se da una comida á expensas de los parientes del novio, durante la cual se distribuyen monedas á la familia de la novia: estas monedas se depositan en un vaso de vino, que bebe el padre de ella, el cual conserva el dinero. Este es un segundo contrato. El día del casamiento envía el novio una diputacion para acompañar á su futura. Los parientes y amigos de esta aparentan resistirse á entregarla, y se verifica un simulacro de lucha, que concluye siendo robada la novia; monta á caballo, pasa tres veces

por delante de la casa paterna y se dirige despues á la de su suegro, ocupando en ella una habitacion contigua á la suya. Luego sigue el ritual, y la comida de boda pone fin á la ceremonia: á veces dura siete ú ocho dias, consumiéndose en ella muchas colas de carnero y mucho aguardiente y tabaco.

La mujer, por regla general, es laboriosa y des-empaña con celo las faenas de la casa. La poligamia es permitida, en el sentido de que si el marido no puede tener más que una mujer legítima, puede tener muchas concubinas, que se diferencian de la esposa en que ésta únicamente es la que gobierna la casa: los hijos de las concubinas no tienen derecho alguno á la herencia del padre, á ménos que sean legitimados.

La mujer viene á ser una compra que hace el marido. El precio se fija en los contratos. La mujer lleva en dote la yurta. Los padres dicen: «He vendido á mi hija por tanto,» ó «he comprado tal mujer para mi hijo.» Si los esposos no se convienen, se separan; pero los viajeros no están conformes en decir si los bienes comunes se dividen ó no. La religion y la ley no tienen intervencion alguna en las separaciones por mutuo convenio. Una mujer que se separa así, puede volverse á casar, y el divorcio no constituye una deshonra: vuelve á casa de sus padres hasta que éstos hallan ocasion de colocarla nuevamente (1). El P. Huc refiere cómo tuvo lugar una de estas separaciones:—«Nos marchamos, dice el marido; tú quédate sentada tranquilamente en esta habitacion.—Vete en paz, responde la esposa, y ten cuidado con la hinchazon de tus piernas.»

En ciertos casos derraman algunas lágrimas, pero solamente por fórmula. Las mujeres son buenas madres, pero poco fieles; el adulterio es cosa habitual. Cuando son guapas tienen una multitud de adoradores, porque el mogol es muy sensible á los atractivos del bello sexo.

El número de las solteras es mayor que el de los solteros, porque los lamas constituyen por sí solos la tercera parte de la poblacion total de la Mogolia.

Los mogoles no entierran generalmente más que á los muertos de elevado rango, los lamas y funcionarios; á las gentes del pueblo se las deja expuestas en determinados sitios para que sean devoradas por los animales salvajes, los cuervos y los perros. Hay perros sagrados destinados á este objeto.

A los soberanos se les encierra en mausoleos, en los cuales se coloca una máquina infernal dispuesta á dispararse por medio de un mecanismo que se

(1) En el Thibet se puede tomar la mujer del vecino, pero entendiéndose antes con él y pagándole. Algunas veces el marido no exige dinero y cede á su mujer sin el menor escrúpulo.

pone en movimiento á cualquiera tentativa de penetrar en el recinto; con cuyo aparato se protege á la majestad difunta contra los sacrilegos que quisieran profanar su sepultura y turbar su último sueño.

Entre los mogoles son desconocidas las expresiones «derecha é izquierda»; se sirven de las de Este y Oeste: es una particularidad que se observa también en otros pueblos. La brújula para ellos indica el Sur y no el Norte; de aquí resulta una inversión completa de los puntos cardinales. Las distancias las aprecian ó miden por *li* (medida china que equivale próximamente á un hectómetro), ó por el tiempo que se tarda en recorrerlas á caballo ó en camello. Los días no se dividen en horas. El año se compone de doce lunas ó meses; estos son de 29 ó de 30 días. Hay un ciclo de 12 años, cada uno de los cuales lleva el nombre de un animal: ratón, vaca, tigre, liebre, dragón, serpiente, caballo, carnero, mono, gallina, perro y cerdo; y otro de 60 años.

La lengua comprende tres dialectos: el mogol, el kalmuko y el kuriato. El alfabeto está tomado de los kashgarianos; en el siglo XIII fué modificado por su lama, Saja Pandita. La escritura se lee de izquierda á derecha, al revés que en el Thibet.

La literatura es casi nula. Únicamente los nobles y los lamas saben leer.

La música se halla más adelantada que en China; los mogoles cantan mucho y de una manera más agradable que sus vecinos. Los instrumentos valen poco; no dan más que cuatro ó cinco notas. Los acordes son desconocidos, y para el europeo la música instrumental de los mogoles solo es un ruido más desagradable que otro cualquiera.

El baile es una distracción poco generalizada.

La religion de los mogoles es el lamaismo. Los grandes dignatarios religiosos son poderosos y ricos; su autoridad es grande, y si fueran inteligentes y activos, podrían suscitar muchas dificultades á la China.

La trasmigración de las almas es una doctrina universalmente extendida, pero solo respecto á las de los dignatarios que han llegado al grado apetecido de santidad.

Los lamas constituyen el último grado de la jerarquía religiosa. Las mujeres pueden ser lamas; para ello deben pasar de cierta edad; contraen los mismos deberes que sus colegas; esta categoría se recluta especialmente entre las viudas.

Hablando con exactitud, el nombre de lama no debe aplicarse sino á los altos dignatarios del clero; los que nosotros llamamos *lamas* se designan en la Mogolia con el nombre de *hubarak*. Adoptamos, sin embargo, el uso generalmente seguido.

Los lamas pueden dedicarse á muchas ocupacio-

nes, aparte de sus estudios. Los hay que son comerciantes, sastres, sombrereros, etc., etc. Otros se ocupan de asuntos más adecuados á la vida religiosa: imprimen y copian los libros sagrados. Imprimen por estereotipia, sin caracteres móviles: este trabajo por lo general es bastante grosero. Los manuscritos, por el contrario, son bellos.

Las prácticas religiosas suelen tener una grande analogía con las del culto católico. El P. Huc cree reconocer en esto las huellas de la predicación cristiana hecha en el siglo XIV. El gran lama usa mitra. El traje lamaico consiste en túnica amarilla con cinturón rojo.

Los libros sagrados que forman la base en los estudios religiosos son el Kanjur y el Tanjur. El primero, traducción de la palabra, fué traducido del sanscrito en el siglo XIII; consiste en 100 tomos de 4 á 700 páginas, y comprende 1.083 obras distintas, relativas á las enseñanzas búdicas, divididas en siete series. El Tanjur, traducción de la doctrina, comprende 225 volúmenes en folio. Es una enciclopedia universal para el uso de los lamas, dividida en dos partes. El valor de esta obra varía según el color de la tinta: en rojo vale ciento ocho veces más que en negro; en plata, ciento ocho veces más que en rojo; en oro, ciento ocho veces más que en plata. El Kanjur se encuentra fácilmente, pero el Tanjur no. La primera edición impresa parece fechada de 1728 á 1746.

Antes de pasar á ocuparnos de la cuestión relativa al gobierno de la Mogolia, diremos algunas palabras respecto á la medicina, tal como se comprende y practica en aquel país. Según dejamos consignado, los lamas son los que la ejercen. En opinión de ellos, las enfermedades del cuerpo humano son cuatrocientas cuarenta, ni una más ni una menos. Entre las más frecuentes figuran las venéreas y la de las viruelas. El temor á la segunda es tal, que se adoptan las más rigurosas precauciones con los que son atacados. El P. Huc afirma que el misionero que introdujese la vacuna adquiriría una influencia considerable, capaz de contrarrestar la del mismo gran lama; sería la derrota de la religion búdica, vencida por la vacuna; sería una lucha curiosa.

Se da gran importancia al exámen de la orina: un buen médico debe poder curar á un enfermo sin haberle visto ni saber nada de los síntomas que presenta; la orina debe explicárselo todo.

Los médicos son muy empiricos; pero generalmente los mogoles disfrutan de salud y robustez.

Hagamos ahora una ligera reseña del sistema gubernamental. Los príncipes reinantes conservan su poder en cuanto á los asuntos locales; los de un orden superior se rigen, según su importancia, por el ministerio de negocios extranjeros, ó por el em-

perador de China. La Mogolia se halla dividida en distritos militares, *aimaks* (1), y estos en *koshungs*, que á su vez comprenden regimientos, escuadrones y brigadas. El gobierno particular de cada *aimak* se confía á un dignatario. Las regiones contiguas á la China se rigen segun el sistema chino. Hay 200 príncipes, divididos en seis categorías y pagados segun su rango. La poblacion se compone de cuatro clases: príncipes, nobles, clero y pueblo. El clero no paga impuestos; á esto responde el crecido número de lamas. Para ser lama basta haber sido consagrado á la religion por sus parientes y adoptar el hábito y la vida religiosa.

Hay un código especial para la Mogolia; pero rara vez se halla de acuerdo con la justicia. Si habiendo sido un hombre asesinado, nadie pide justicia, la ley no se ocupa del asunto. El crimen más abominable puede quedar impune; es cuestion de precio. Se acostumbra á pagar á los magistrados por no ser acusado ó preso. Del mismo modo las gentes del pueblo pagan á los inspectores por eximirse del servicio militar, y los generales á los príncipes para que no pasen revista á sus tropas. Todo esto no puede ménos de agradar á la China, porque de dia en dia ve disminuir las fuerzas de su rival.

El ejército consiste en caballería: debe componerse de 284.000 hombres; pero apenas podria disponerse de la décima parte, ¡y en qué condiciones! El mogol está obligado al servicio desde los 18 años hasta los 60; se equipa y mantiene á su costa bajo el pretexto de que tiene el honor de servir al Emperador. Los ricos se arreglan con la autoridad por medio de regalos, y así se redimen. Los pobres, que no pueden pagar ni hacer regalos, son los que se ven precisados á llevar las armas.

Los mogoles temen más á sus propias tropas que á los mismos bandidos, y se consideran felices en poder conservar su piel intacta (2).

Semejante estado de cosas es deplorable para la Mogolia, que cada vez se envilece y degrada más.

Bajo el punto de vista económico, tampoco se halla á mucha altura. Las producciones de su suelo son, sin embargo, muy numerosas: minas de carbon, de hierro, de plomo, de oro, de plata, etc., y salinas, se encuentran en abundancia; especialmente el hierro y el carbon, son los que produce en mayor cantidad; pero todavía están poco explotados.

Los animales que allí se ven son entre otros los

(1) Que llevan por nombre: Khalka, Ordos, Chakkars, Ala-Shan, Koko-Nor, Dzungaria y Urian-Khai.

(2) Cuando un destacamento de soldados llega á un pueblo ó á una ciudad, se dedica á procurarse la subsistencia; para lo cual se entregan los soldados al merodeo, y llevan, esté una gallina, aquel un cerdo, el otro un par de conejos, pan, forraje, etc.

pescados, las tortugas (1), los cerdos, los carneros (de excelente calidad), los bueyes, los camellos, los caballos, los zorros, los lobos, los yaks (2), los antilopes (A. Gutturosa), ciervos, águilas, buitres, gypactos, buhos, cuervos, perdices, ánades, faisanes, palomas, patos, cisnes, garzas, grullas, cormoranes ó cuervos marinos, etc.

En el reino vegetal se encuentra un gran número de plantas de las siguientes familias: poligóneas, fragarias, leguminosas, renunculáceas, berberídeas, tiliáceas, aquilariáceas, hedisáreas, papaveráceas y otras varias. El ruibarbo es una de las que más abundan.

En cuanto á la industria y el comercio, es difícil formarse una idea exacta. El coronel Prejevalsky dice que se exporta próximamente 200.000 cajas de té por la via Kalgan-Urga-Khiaka; pero tambien se hace bastante exportacion por mar, y no puede determinarse la cifra exacta. La importacion se reduce á telas, adornos, armas, opio y otros articulos del mismo género.

La industria se halla poco desarrollada. El mogol no se ocupa más que de sus rebaños; rara vez se dedica á otros trabajos. Indudablemente alguna industria local hay allí, pero es objeto de un comercio tambien local.

No es necesario ir muy lejos á buscar las causas de semejante esterilidad: por una parte, hay muy pocos habitantes; y por otra, esos habitantes no se ocupan del comercio, y cuando lo hacen, la dificultad de las comunicaciones da lugar á que los objetos exportados aumenten de valor de una manera exagerada. Se comprende, por lo tanto, la importancia de los caminos bajo el punto de vista especial del comercio. Hay muchos, pero en general bastante malos. La ciencia moderna sabrá triunfar, sin embargo, de los obstáculos que la naturaleza le oponga, el dia en que llegue á ser necesario aumentar el número y las facilidades de las vias de comunicacion. Indiquemos de paso que puede sacarse un gran partido de los rios; hasta qué punto, no podemos precisarlo: expediciones especiales son las únicas llamadas á decirlo.

Segun todo lo expuesto, la China, y en particular la Mogolia, tienen grande porvenir; mas es preciso para alcanzarle que la raza actual cambie radicalmente ó desaparezca, reemplazada por los arianos de Occidente. A esta última solucion es más natu-

(1) Estas son muy temidas de los mogoles. La presencia de una sola tortuga basta para alejarles de la orilla. Segun ellos, este animal se adhiere al abdomen del imprudente bañista, el cual no puede librarse de él sino corriendo en busca de un camello blanco ó de una cabra del mismo color, á cuya vista la tortuga lanza un grito de admiracion sin duda, y suelta su presa.

(2) Bueyes salvajes de una especie particular.

ral atenerse, dada la marcha de los rusos en Oriente. ¿Quién puede decir la actitud que tomará la China si ve que sigue la invasión rusa, ni qué influencia podrá ejercer esa actitud en los acontecimientos? ¿Cómo, cuándo y por quién se hará la conquista? Dos naciones se previenen por el momento: la Rusia, que limita la Mogolia por el Norte y el Oeste; y la Inglaterra, que confina con ella al Sur, por sus colonias de las Indias. Estas dos naciones tienen distinta política: Inglaterra marcha lenta y seguramente. Rusia no abriga ninguna preocupación; su política, claramente determinada por el príncipe Gorstchakoff en su circular de 3 de Diciembre de 1864, es la de que, no estando disciplinadas las tribus rusas que confinan con la Mogolia, convenia hacerles contraer hábitos de paz; pero hecho esto, no se encuentran ya al abrigo de los ataques de sus vecinos. Para impedir Rusia luchas enojosas, anexiona las provincias limítrofes, y obtiene de este modo la paz por algún tiempo; pero como las guerras civiles se renuevan poco después con las provincias no anexionadas todavía, se ve obligada á continuar su obra de anexión. Claro es que este sistema no puede agrandar á Inglaterra, que deplora los progresos de su rival, envía embajadores, redacta protestas, pero no puede hacer más. Los escritores rusos sostienen que la obra de su nación es eminentemente filantrópica y civilizadora. Inglaterra ve que el celo humanitario de su rival no es tan desinteresado como quiere hacerlo creer.

Tal es la situación actual. En qué medida será modificada por la guerra emprendida por Rusia á pesar de los consejos de Europa, es imposible calcularlo. Podrá salir victoriosa; pero victoriosa ó vencida, sus fuerzas y su prestigio se disminuirán por algún tiempo.

De todos modos, las exploraciones inteligentes, tales como la del viajero ruso que nos ha servido de guía, tienden á ilustrar la grave cuestión de Oriente. Desearíamos que hubiese muchas parecidas á la llevada á cabo por el coronel Prejevalsky, y que en el terreno pacífico de la ciencia encuentre en Inglaterra dignos émulos.

ENRIQUE DE VARIGNY.

Traducción de R. de M.

perdor de China. La Mogolia se halla dividida en distritos militares en los cuales...

G. MEYERBEER.

LOS DESPOJOS DE «LA AFRICANA». I.
Sr. D. Eduardo de Medina.

Mi muy querido amigo: Tiempo hace que prometí á usted algo que no he cumplido, algo que se relacionaba con la importante publicación que tan acertadamente usted dirige, y que por tal motivo precisamente, esto es, por la importancia que encierra cuanto en la REVISTA EUROPEA ve la luz, he venido demorando hasta este momento.

Obligado por la naturaleza especial de mis trabajos á mantenerme siempre en los modestos límites de una crítica ligera y fácil, que ni aun con ella pueden mis fuerzas escasísimas, acostumbrado á la frívola tarea de un *cuenta-dante*, por decirlo así, de espectáculos líricos; humilde y asendereado cronista, *au jour le jour*, de músicos y artistas de todo género de clases y categorías, jamás me sentía dispuesto suficientemente para emprender algo serio, algo útil, ó, cuando ménos, conveniente, que estuviera dentro de las condiciones y el carácter de ese ilustrado semanario.

Y es que inficionado por esa atmósfera deletérea que forzosamente tenemos que respirar los que vivimos en lucha continua con la podredumbre del teatro, sus consecuencias, adherencias é inherencias, me conceptuaba ya incapaz de abordar cualquier asunto artístico de alguna seriedad, con la serenidad de ánimo y voluntad vigorosa que para tales asuntos son indispensables.

Pero quiso mi buena fortuna depararme un momento propicio, y he de aprovecharlo sin tardanza. Tengo un asunto no sólo importante, sino de actualidad. El éxito de *La Africana* ha dado un poco de tregua á mis ocupaciones literarias, y no he desperdiciado la ocasión.

Si, amigo mio: he dejado á los artistas por el arte; he sometido mi espíritu á una especie de fumigación para librarlo del contagio diario y alimentarlo decorosamente siquiera algunos días. De aquí que hoy me presente á usted con este pequeño trabajo, del cual sólo una pequeña parte me corresponde (este es mi consuelo), y con el cual doy cumplimiento á mi sincero deseo de complacer á usted y ofrecerle una débil muestra de mi estimación y cariño.

Usted sabe que *La Africana* se ha cantado este año y se sigue cantando en el teatro Real con brillantísimo éxito. Las circunstancias, de todo punto excepcionales, que han hecho notable el comienzo de la actual temporada, han favorecido extraordi-

nariamente al resultado que ha alcanzado la ejecución de la obra inmortal de Meyerbeer.

Ha sido, puede decirse, un acontecimiento; se habla y se hablará todavía de *La Africana* y del genio incomparable que creó ese monumento artístico.

Y ya que todos dedican algo á la última producción de Meyerbeer, ya que *La Africana* es el objeto de muchas conversaciones, y debe figurar á estas horas como santa en el calendario del empresario del régio coliseo, calendario en el cual las mártires se ostentan á millares, quiero también yo, el más pecador de todos y el ménos autorizado, encender una vela microscópica ante ese altar suntuoso, iluminado por los resplandores de un genio colosal.

Peró no tema usted que vaya á hablarle de *La Africana* que se ejecuta en el teatro Real; nada de eso. Voy á ocuparme de otra *Africana*, de una *Africana* inédita, de una *Africana* suplementaria, de una *Africana* nueva, de una *Africana* que no se canta.

¿Le parece á usted el asunto interesante? ¿Cree usted que es oportuno y de actualidad? ¿No piensa usted que cumplo con los fines de la REVISTA EUROPEA, dando á conocer detalladamente á sus lectores una nueva y curiosa fase de la historia de una gran obra de arte y de un gran artista?

Entro en materia.

En críticas, monografías, artículos especiales, libros y folletos dedicados preferentemente al genio, vida y obras de Meyerbeer, se ha tratado con detalles más ó ménos auténticos, más ó ménos interesantes, de las vicisitudes que señalaron la composición y representación definitiva de la última obra del gran maestro berlinés, de *La Africana*.

No he de detenerme, por tanto, en relatar á mi vez una historia para la cual no habian de faltarme, ciertamente, fuentes de conocimiento. Además, el objeto principal de este trabajo no podia en modo alguno relacionarse con un plan demasiado vasto para ser holgadamente contenido en los límites de un semanario literario, por cuya razon he pensado dejar aparte cuanto pudiera relacionarse con todo aquello que de verdaderamente complejo y extenso encierra el asunto, es decir, con la historia y crítica de *La Africana*, para detenerme únicamente en una rama separada, en un episodio, por decirlo así, de esa producción admirable y admirada, episodio curioso é interesante bajo todos conceptos y que por rozarse directamente con algo desconocido que á *La Africana* se refiere, pienso yo ha de tener atractivo especial para el lector.

Antes de ahora tuve idea de emprender este trabajo, que deseaba coincidiera con alguna de las representaciones de *La Africana* en el teatro Real, con el objeto de prestarle cierto interes de actualidad; pero bien fuera que yo no conceptuaba al pú-

blico suficientemente satisfecho de aquellas representaciones para fijar seriamente la atención en lo que á *La Africana* pudiera referirse, ó bien fuera que mi pereza venciera á la buena voluntad, el resultado es que dejé dormir mis propósitos, que, en vista del extraordinario éxito que ha alcanzado la obra de Meyerbeer, se han despertado repentinamente, convirtiéndose ya en necesidad imperiosa.

No he de pretender, pues, eludirla; tanto más, cuanto que la media docena de cuartillas que he empleado en preparar el asunto, con grave detrimento quizá del lector paciente, han allanado las principales dificultades de mi trabajo, que en todo trabajo literario lo más difícil es empezar.

Empiezo, pues, que ya es hora.

II.

Algunos meses después de la primera representación de *La Africana*, que se verificó en París el día 28 de Abril de 1865, los editores de la obra, Sres. G. Brandus y S. Dufour, tuvieron la idea felicísima de publicar con el título de *Segunda parte de la ópera en cinco actos LA AFRICANA*, un suplemento musical en el cual, arregladas en partitura para canto y piano, constaban, convenientemente clasificadas, cuantas piezas se habian retirado de la partición primitiva.

Si de las piezas citadas tuviera que ocuparme, si fuera mi objeto una crítica musical de este suplemento inédito, claro es que los obstáculos habian de presentarse en número considerable y resultar, dado caso que llegara á vencerlos, infructuosos por completo, ya que la REVISTA EUROPEA no habia de convertirse, por injustificada complacencia, en álbum musical, y dado caso de hacerlo, no quedaria al público posibilidad de intervenir mis juicios tratándose de una obra que no se ha dado á luz en ningún teatro y que ha de quedar, probablemente, inédita para siempre.

Pero es el caso que el *Suplemento* en cuestión contiene una portada literaria, un extenso prefacio escrito y firmado por el ilustre Fétis, el amigo de confianza de Meyerbeer, el albacea artístico del gran maestro, el crítico eminente, el musicógrafo incansable á quien el autor de *La Africana* encomendó su obra inmortal, y bajo cuyos auspicios y dirección se puso en escena en París.

No es cortó el prefacio, pero ha de parecerlo seguramente á los lectores, tal es su importancia y de tal naturaleza las noticias que contiene y los juicios críticos é ideas estéticas que profusamente se hallan esparcidos en el escrito de Fétis, por cuya razon me parece muy conveniente darlo á conocer en toda su integridad, para que sirva de norma é inteligencia al asunto que motiva el presente trabajo.

Después de inserto el prefacio, serán más oportunas las observaciones que ha de sugerirme, y estarán en su lugar cuantos esclarecimientos estime convenientes para la más completa y feliz terminación del asunto.

Hé aquí, pues, el notable trabajo de Fétis, que procuro verter al idioma castellano con todo el esmero posible:

SEGUNDA PARTE DE «LA AFRICANA.»

PREFACIO.

«Llamado para prestar toda mi solicitud á la última obra de Meyerbeer, comprendí desde luego los peligros inherentes al honor insigne de que se me hacía objeto. No conocia una sola pieza de esta partitura que llamaba la atención universal desde hacía más de quince años. En nuestras más íntimas conversaciones, jamás me había comunicado el maestro su pensamiento con respecto á *La Africana*. Hasta el asunto de la ópera me era desconocido. Meyerbeer se ocupaba raramente de sí mismo y de sus trabajos; nuestras conversaciones versaban casi siempre sobre el arte, en su acepción general, sobre los nuevos senderos que podían en él descubrirse y sobre los recursos que ofrece al hombre de genio. Por tal razón, calculaba yo que me vería precisado á adivinar las intenciones del maestro por el carácter de cada pieza y hasta por sus movimientos, misión tanto más difícil, cuanto que el mismo maestro, como lo saben las personas que le han visto dirigir los estudios de sus obras, no se fijaba sobre una parte tan esencial de la ejecución sino en los últimos ensayos generales.

El efecto de la escena era siempre lo que le servía de norma en este asunto. De ahí que no indicase en sus manuscritos los movimientos sino por expresiones más ó menos vagas, no determinándolos por las cifras del metrónomo hasta el momento de la publicación.

Comprendí, pues, desde el primer momento cuáles serían las dificultades de la interpretación de la obra póstuma, sin hablar de otras muchas cuya enumeración sería prolija en este lugar. Sin embargo, y fuese cualquiera el peligro, una amistad de más de cuarenta años me imponía el deber de aceptarlo en absoluto. Acepté.

Llegué á París el 16 de Agosto de 1864, y M. Perrin, director del teatro de la Ópera, me instaló en un despacho desde el cual podía estar en comunicación con los directores (*chefs de service*) en caso necesario. Allí me entregaron el manuscrito de la partitura de Meyerbeer, así como el del libreto. Mi primer cuidado fué enterarme de la pieza, cuyos defectos, algunos de ellos insuperables, llama-

ron mi atención desde la primera lectura. La necesidad de algunos cambios se presentó desde luego, aumentando las dificultades, ya que el poeta y el compositor habían dejado de existir.

Después del libreto, tocó su vez á la partitura. Aquí el cambio fué radical, porque solo placer intenso, vivísimo goce, experimenté durante los ocho días que empleé en la lectura de esta obra, donde la inspiración, el sentimiento, el talento de la forma y la experiencia, han reunido todas sus riquezas. Había un piano en mi gabinete, tuve muy buen cuidado de no acercarme; que no es posible conocer una gran composición por la traducción imperfecta de sus inmensas combinaciones, y ménos si no se oye á la simple lectura el conjunto de las voces y de los instrumentos, como si se percibiesen realmente los sonidos con todos los matices y perfecciones imaginados por el autor.

Convencido, después de una primera lectura de la partitura de *La Africana*, que este trabajo es el más completo, el más perfecto del maestro y el coronamiento de su obra, dediquéme en seguida al estudio de cada una de sus partes, á fin de preparar la partitura para la copia de los papeles, partes separadas para los coristas y la orquesta y particiones para los directores. Entónces comenzó mi misión; el maestro había compuesto varios aires para las mismas situaciones, como tenía costumbre de hacerlo en sus óperas anteriores, en las cuales con respecto á las piezas duplicadas, no fijaba su elección, sino en razón del efecto producido en los ensayos. Había también escrito variantes considerables para algunas piezas de conjunto, particularmente para el final del acto cuarto. El manuscrito encerraba también indicaciones de supresiones facultativas de algunos compases en varias escenas, para el caso en que los desarrollos resultaran demasiado largos para el efecto dramático. No pudiendo prejuzgar las resoluciones que hubiera adoptado Meyerbeer en todos estos casos, debía decidirme y fijar mi elección, según mis propios sentimientos, entre todo aquello que el maestro había dejado en la incertidumbre. Resolví todas mis indecisiones y elegí las piezas; antes de dar á la copia la partitura. Los artistas y los directores reconocieron en los ensayos que había tenido la mano feliz.

Otra dificultad considerable se presentó ante mis ojos al leer la partitura: Meyerbeer quería que hubiese un bailable en el cuarto acto; había señalado el sitio, pero, según su costumbre, había aplazado la composición hasta haberse entendido con el maestro de baile acerca del número y carácter de los bailables. Firmemente resuelto á no poner nada de mi propia cosecha en la obra del maestro, no encontré otro medio para realizar sus intenciones.

con respecto al bailable, que del de escribir la música con una versión del aria del *Sueño* y una *ronda báguica* de marineros en el acto tercero (1).

Después del notable dúo de Vasco y de Sélíka en el acto segundo, habla una salida de Nelusko que coincide con un concierto de campanas imitado por las arpas de la orquesta. Vasco preguntaba el significado de aquellos sonidos de regocijo, y Nelusko contestaba que las campanas anunciaban los desposorios de D. Pedro, por cuyo motivo alcanzaban la libertad los prisioneros. Al leer el libreto, había yo echado de menos en esta escena parásita la ordinaria habilidad de Scribe, porque destruía de esa manera el efecto dramático de una importante situación, aquella en que Inés, en el final de dicho acto, anuncia a Vasco, en su prisión, haber obtenido su libertad y le entrega el mandamiento auténtico de la real clemencia. El final apasionado del dúo de Vasco y de Sélíka: *Combien tu m'es chère, ange tutélaire* etc., perdía, además, por la anterior escena, todo su efecto, puesto que la entrada de Inés y don Pedro produce su efecto escénico en el momento preciso en que Vasco estrecha a Sélíka entre sus brazos, y entonces tienen su significación natural las palabras de D. Pedro: *¡On nous l'avait bien dit! Créi, pues, conveniente, á pesar del sentimiento que me inspiraba el sacrificio del bellissimo arioso de Sélíka, suprimir todo lo que sigue al dúo y llegar inmediatamente al magnífico final del acto segundo, que es una de las creaciones más bellas del genio de Meyerbeer.*

Tales son las determinaciones cuya responsabilidad me incumbe únicamente. Lejos de deplorarlas, declaro que las volvería á adoptar si me hallara de nuevo en idéntica situación, porque la experiencia de las representaciones me ha demostrado que mi primera impresión fué acertada, lo cual no me impide acoger con viva satisfacción la resolución de los editores de *La Africana*, que han revelado al mundo musical las inspiraciones del maestro, sacrificadas á las necesidades escénicas. Si á propósito del *Roberto el Diabólico* y *Los Hugonotes* se hubiera adoptado la misma determinación, hoy se conocerían tesoros musicales en número suficiente para formar varias óperas magníficas. He visto cortar á Meyerbeer, durante los ensayos, trozos enormes de aquellas partituras, reemplazar unas piezas por otras que escribía con una rapidez de la que nunca, sin duda, tuvieron noticia los que le juzgaron incompatible con el trabajo fácil y la inspiración espontánea. Resistía á las peticiones de cortes con que le asediaban su poeta y el director de la ópera, hasta penetrarse él mismo de la necesidad de esas supre-

siones. A este propósito, después del ensayo general de *Los Hugonotes*, se opuso á la representación, se encerró durante algunos días, trascurridos los cuales, encontrándome yo en su casa cuando llegó á ella el director de la ópera, oí á Meyerbeer expresarse en estos términos: «Querido M. Duponché, creo que estará usted contento de mí; he cortado una hora de música.» Todo esto ha desaparecido para siempre, sin contar la conmovedora escena del baile de los protestantes en el palacio de Nesle y las demás que siguen á esta escena, suprimidas todas contra la voluntad de Meyerbeer.

Debo añadir á todo aquello cuya iniciativa me corresponde, la determinación de todos los movimientos que hice en el metrónomo antes de entregar á la copia la partitura. Nadie los modificó en los ensayos y han quedado tales como los fijé, de lo cual deduzco, visto el efecto producido, que interpreté perfectamente el carácter de los pensamientos del maestro. Después de lo dicho, dí á copiar la partitura. A fines de Setiembre, los papeles quedaron distribuidos; los estudios dieron comienzo en los primeros días de Octubre.

Todos los compositores que han trabajado para la escena, saben que su música no se acepta sin modificaciones por los cantantes dramáticos. Después de algunos ensayos, se oyen sus peticiones, formuladas, poco más ó menos, en los siguientes términos: «Maestro, no ejecutaré nunca este paso; no conviene á mi voz; habrá que cambiármelo sin remedio.» O bien: *Esto está demasiado alto ó demasiado bajo.*—*Esta frase final es demasiado corta; no haré efecto.*—*No me gusta este calderón ó esta fioritura; hágame usted el favor de escribirme otras.*—*Necesito otras palabras para esta frase, porque me cuesta trabajo cantar las que están escritas.*—*No me haga usted vocalizar sobre esta sílaba, porque mi voz se vuelve sorda ó chillona.* Y mil cosas semejantes. Aunque extraño absolutamente á la composición de *La Africana*, tuve que colocarme, para resolver estos asuntos, en la posición del maestro si hubiera dirigido él mismo el estudio y la ejecución de su obra, y modificar, según las necesidades, algunas frases y arreglar algunas cadencias. En el teatro, el empresario y el director de escena me decían también: *Este movimiento de escena no podrá ejecutarse con tiempo necesario, si no contamos con ocho compases de ritornello;* y por grande que fuera mi deseo de no tocar á la obra de Meyerbeer, necesitaba escribir las adiciones pedidas; pero en estos casos, me he servido siempre de los temas del maestro. Por eso ha escrito ocho compases en el primer acto, para dar á los obispos tiempo suficiente á fin de que ocuparan su sitio en el Consejo, y otros compases en el acto tercero para la maniobra del buque. Hago estas declaraciones para las personas que

(1) Habiéndose suprimido el bailable en los ensayos, no se ejecutaron estas piezas.

puedan comparar algún día el manuscrito original con la partición grabada (1).

No hacía quince ó veinte días que los ensayos habían comenzado, cuando aparecieron las primeras peticiones de cortes. Mi respuesta ordinaria era: *Esperemos el efecto en la escena*. Sin embargo, ciertos defectos del libreto se hacían cada vez más palpables, y veíase que su desaparición no podía llevarse á cabo sin sacrificar varios trozos de música. El tercer acto, sobre todo, presentaba imposibilidades de escena que me preocupaban y hacían presentir la necesidad de suprimir una de las piezas más bellas de la partitura, porque reconocida la necesidad de los cortes, siempre me ha parecido más acertado suprimir enteramente una pieza ántes que mutilarla. El autor del libro de *La Africana* no se fijó, sin duda, en el defecto capital de dos situaciones semejantes que se sucedían inmediatamente en el tercer acto: en la primera, D. Pedro ordena á sus marineros la muerte de Vasco; Sélíka, en un arranque de enérgica gratitud, salva la vida al héroe, amenazando á Inés con su puñal. Apénas se aleja Vasco, cuando el furor de D. Pedro se vuelve contra Sélíka, y la condena á ser azotada. Entónces, á la larga escena del arresto de Vasco, que terminaba en una pieza de conjunto de mesurado movimiento, seguía otra escena larga, fría, imposible, en la cual dos personajes cantaban solos, miéntras todos los demas permanecían inmóviles y mudos. Á pesar de la belleza de la música, comprendí desde los primeros días que esta escena podía comprometer el éxito del acto, y participé mis opiniones á los artistas encargados de los principales papeles, así como á los señores Germani, Delavigne y Melesville; que habían aceptado la misión de cuidar la *mise en scène*; sin embargo, la situación se conservó hasta los últimos ensayos.

Otro peligro, más grave todavía, existía en las primeras escenas del quinto acto. En la primera, Inés, después de haber escapado de la muerte que sorprendió á todas sus compañeras bajo el manzanillo, cantaba un recitado seguido de un *aria*; en seguida aparecía Vasco (que era ya esposo de Sélíka), y seguía una escena en la cual los dos amantes exhalaban recíprocamente sus quejas. En la tercera escena, Sélíka los sorprendía juntos, y en medio de su indignación, no queriendo prestar oídos á explicación alguna, ordenaba á Vasco su alejamiento; obedecía Vasco, y no volvía á aparecer en el resto de la ópera. En el cuaderno de apuntaciones de Meyerbeer que se me confió para conformarme en lo posible con sus intenciones, se ve que preocupaba al maestro el peligro de esta retirada

ridícula; pero no había encontrado remedio. No hubo otro, en los últimos ensayos, que suprimir las dos primeras escenas y empezar el quinto acto por el dúo de Sélíka y de Inés.

La larga duración de la obra preocupaba á todo el mundo, porque los trabajos del maquinista y los detalles de la *mise en scène*, debían ocasionar largos entreactos. De todas partes me pedían cortes mayores en número y más urgentes cada día. Resistía con todas mis fuerzas á estas mutilaciones que me inspiraban profunda repugnancia, sin embargo de que la administración de la ópera y los literatos encargados de seguir el curso de los ensayos, así como los directores, reconocían unánimemente su necesidad. Con el objeto de juzgar por mí mismo el asunto, pedí al director de la Ópera un ensayo de la música sola, sin máquinas, cambios de decoraciones, ni entreactos. Se verificó el ensayo, y duró cuatro horas y media. Ante esta experiencia, tuve que ceder y consentir á las supresiones que me pedían, porque las dificultades que traía consigo, al principio, la obra de montar y desmontar el barco en el acto tercero, y la colocación de las decoraciones del cuarto y quinto, ocasionaban entreactos de enorme duración. Dando comienzo á las siete de la noche, las representaciones de *La Africana* no hubieran terminado ántes de las dos de la madrugada. A pesar de todos los sacrificios musicales impuestos por los resultados del experimento de que ántes hice mención, era más de la una de la madrugada cuando terminó la primera representación. Fué tal, sin embargo, el encanto que la abundancia feliz de las melodías, la novedad de las formas, la riqueza de los detalles y la suprema distinción de toda la obra esparcieron sobre el público, que el entusiasmo se mantuvo hasta el fin.

Un tribunal contra el cual no hay apelación ni casación, un tribunal compuesto por el público inmenso de todos los pueblos cultos, ha pronunciado su juicio sobre el mérito de las obras de Meyerbeer. Todos lo han aplaudido, todos lo aplauden cada día, todos se muestran ávidos de las emociones que les proporciona, porque el drama es la necesidad más activa del siglo XIX, y nadie puede compararse á Meyerbeer por la pujanza dramática. En ciertas situaciones conmovedoras, consigue efectos irresistibles de los que jamás artista alguno tuvo la intuición. De ahí las innumerables representaciones de esos dramas musicales que hace treinta y cinco años conmueven á las masas, ostentando siempre el mismo atractivo, con tal que la interpretación sea suficiente.

No es esto decir que la malignidad de algunos haya dejado de darse á luz en medio de la admiración general, porque Meyerbeer posee todas las condiciones de las grandes celebridades: si excita

(1) Más tarde me ocuparé de estas adiciones de Fétis.—
N.º del T.º

el entusiasmo de los pueblos, en ambos mundos, encuentra aquí y allá detractores que, por interés cualquiera, por sistema, ó por incapacidad de eclecticismo estético, se asignan la misión de arrojar un poco de sombra sobre su gloria. El tema ordinario de estos críticos consiste en convertir el autor de *Roberto*, de *Los Hugonotes*, de *La Africana*, en un gran músico sin genio, un sabio, un calculador de notas; hombre *d'esprit*, por lo demás, fino, cariñoso, discreto y cuyo *savoir-faire*, superior todavía á su ciencia, ha llegado á engañar á millones de individuos que creen experimentar un goce al escuchar su música. Esta música no es fruto de la inspiración, sino de un trabajo obstinado, de una labor penosa. Cada frase es producto de un esfuerzo, y jamás entrega á la publicidad una obra que no haya sido previamente limada con todo esmero.

No se admirarían poco estos caballeros si llegase á su noticia que Beethoven, cuyo genio, en sus admirables alcances, es hoy indiscutible, no compuso jamás nada con facilidad. Quien ha tenido ocasión de ver, como sucede al que este prefacio escribe, los libritos de apuntaciones en los cuales Beethoven escribía los temas de sus composiciones, sabe las transformaciones que sufrían sus ideas, las correcciones, los cambios de movimientos, y hasta de modo, porque frases escritas en tono mayor, quedaban definitivamente en modo menor. Terminada la obra, comenzaba el trabajo de perfeccionamiento, y este trabajo era largo. Hay que leer, respecto á este particular, el libro de Schindler sobre Beethoven y sus obras. Amigo íntimo del gran maestro, no lo abandonó en los quince últimos años de su vida. En un pasaje de este libro, Schindler exclama: «Los editores no pagaban á Beethoven más que treinta ducados (330 francos) por una sonata de piano que le costaba TRES MESES de trabajo.» ¡Tres meses para una sonata de piano! ¿Tienen algo que decir esos caballeros?

Sé que hay métodos expeditivos para componer música más barata, métodos puestos en práctica por los compositores de óperas italianas, aún en los tiempos venturosos en que el genio no faltaba ciertamente; pero no podía suceder otra cosa. El maestro, contratado para escribir para el teatro de una ciudad cualquiera, llegaba allí un mes ó cinco semanas antes de que diese comienzo la temporada, y le entregaban entónces el libreto de ópera cuya música tenía que escribir. Necesitaba algún tiempo para leerlo y fijarse en las situaciones; después trabajaba á toda prisa, porque la obra tenía que representarse en día fijo. A medida que el autor iba componiendo, se iban recogiendo los papeles y ensayándose á la vez. Si el maestro tenía genio, componía piezas bellísimas para las situaciones principales; lo demás se descuidaba por completo,

y era un conjunto de vulgaridades, porque no había tiempo para escribir con más cuidado. El mismo Meyerbeer pasó por ello. Por lo demás, era inútil fatigarse demasiado, porque el público no escuchaba más que las piezas más bellas; durante el resto de la representación, charlaba y no había ninguna novedad. Nadie pensaba en componer ni exigir una obra que sobreviviese al momento preciso para el cual se había escrito. Si la inspiración era feliz, todo el mundo se alegraba; en caso contrario, el compositor no tardaba en consolarse, y pocos días después del *fiasco* nadie se ocupaba más del asunto.

No podían de tal modo comprender el arte artistas del temple de Beethoven, de Weber, de Meyerbeer, de Mendelssohn, cuyo objeto era crear obras que viviesen en lo porvenir. «*Me ofrecen tres meses para componer mi obra*, escribía Weber; *este tiempo me bastará apenas para leer el libro y enterarme bien del carácter de las escenas*».

El trabajo de Meyerbeer, que ciertos críticos representan como una concepción penosa, es el arte en su acepción más lata, arte que difiere esencialmente de las improvisaciones que ántes me han ocupado; es, en fin, lo que distingue la hermosa escuela alemana de la escuela italiana, desde hace más de un siglo.

Cuando Meyerbeer varía una frase, cuando modifica su armonía, cuando un sistema de instrumentación le parece mejor que otro para la fiel expresión de su pensamiento, no son los cálculos los que le guían, como creen los críticos poco ó nada músicos; todo es sentimiento en esas transformaciones, todo obedece á una delicadeza exquisita. Lejos de escribir con dificultad, Meyerbeer poseía la facultad de la improvisación en grado notabilísimo, y buena prueba dan de ello el gran número de piezas que para sus óperas escribió durante los ensayos, particularmente todos los bailables, cuyas formas graciosas y originales llaman tanto la atención.

En un escrito cuyo título es una ironía, Meyerbeer aparece como un artista que no ha podido llegar, sino penosamente, á la última determinación de su talento, merced á sucesivas imitaciones de la manera de otros compositores. En opinión del escritor citado, Meyerbeer ha tomado de todas partes las principales piezas de sus obras. El prurito de rebajar al maestro no podía haber inspirado más desdichadamente al crítico en cuestión, porque el carácter esencial del talento de Meyerbeer consiste precisamente en no parecerse al de ningún otro compositor. Puede preferirse otra música á la suya, pueden no gustar las rarezas que alguna vez lo han arrastrado; pero desconocer su originalidad, es mostrarse incapaz de apreciación en música.

¡Que Meyerbeer comenzó por la imitación! ¿Y quién no ha empezado por ahí? ¿Quién ha sido ori-

ginal desde el principio? Gluck, citado por el escritor que ántes mencioné, Gluck, repito, no es, desde su *Artaserse* escrito en Milan en 1741, más que un copista de los italianos en las veinticinco óperas que compuso hasta el *Orfeo* escrito en Viena en 1762; Mozart inspiró á Beethoven hasta su obra 27.

El genio se revela de diversas maneras. A veces brilla en la juventud y prodiga sus tesoros desde los primeros trabajos, pero se apaga pronto y manifiesta prematuramente las señales del agotamiento. Otras veces, desarróllanse sus fuerzas con lentitud, permanece algun tiempo indeciso en los dias que ha de tomar, pero una vez halladas estas vías, camina en ellas con pasos de gigante. De ese modo han recorrido su carrera Gluck y Meyerbeer, con sus inmensas cualidades, con sus reducidos defectos. Hay, en fin, ejemplos de hombres de genio que no se revelaron hasta la vejez; tal fué Rameau, teórico al principio, y transformador, despues, de la ópera francesa, á la edad de 50 años.

Los éxitos de Meyerbeer han tenido demasiado brillo y duracion para dejar de mortificar los intereses y el amor propio de algunos. Generalmente, en las artes y las letras, los muertos hallan gracia ante sus enemigos, pero con tal que estén bien muertos y no se hable más de ellos. Temo que, á ese precio, el autor de *La Africana* no disfrute largo tiempo de los beneficios de la tumba.

Breves palabras, antes de concluir, acerca de *La Africana*. He hablado del sentimiento que me hizo experimentar el sacrificio de una multitud de bellezas musicales, sacrificio que hicieron indispensable las necesidades de la escena. La reproduccion exacta del manuscrito original en la gran partitura grabada, ha dulcificado mucho el penoso recuerdo que me habian dejado las mutilaciones; sin embargo, como quiera que estas grandes partituras no tienen cabida sino en los archivos de los teatros y en algunas bibliotecas especiales, el público no hubiera tenido noticia de la existencia y mérito de la parte suprimida en *La Africana* si los editores no hubiesen tenido la feliz idea de publicarla bajo la forma más popular, como un suplemento de la partitura para canto y piano.

No he querido desperdiciar esta ocasion para explicar en un prefacio las causas de la desaparicion de ciertas piezas en la representacion de *La Africana* y los cortes que se han hecho en otras.

Los veintidos números que contiene el volumen, reunidos á los que encierra la primera particion para canto y piano, restablecen la obra del maestro en su integridad.—FÉTIS, *padre*.—Bruselas 23 de Noviembre de 1865.»

A. PEÑA Y GOÑI.

(Concluirá.)

ALGUNAS CONSIDERACIONES

ACERCA DE LA MISION DE LA HIGIENE EN LAS AFECCIONES MORALES DEL INDIVIDUO.

I.

Es indudable que en el mayor número de actos de la vida social y de la existencia individual, tiene la higiene su papel importante y se la ofrecen no escaso número de ocasiones donde prestar sus beneficiosos consejos. Las pasiones, tan frecuentes en la humanidad y más especialmente en la edad media de la vida, conducen á enfermedades físicas y morales para las que suele ser la terapéutica impotente; pero jamás deben abandonarse á sí mismas, pues de seguir este camino, rara vez ó nunca terminan por la curacion: al individuo en primer lugar, y á los gobiernos encargados de velar por la salud pública en segundo, toca impedir los terribles efectos de las pasiones desbordadas. De otra suerte, se verá á la juventud agostarse en flor, victima de la segur de la tisis, ó poblarse los manicomios de infelices muertos para la sociedad, ó aumentar espantosamente la estadística criminal.

Uno de los estudios que debe hacer con más detencion el hombre de ciencia, es el de las pasiones, que pueden calificarse hasta de necesidades orgánicas que con despótica tiranía conducen al individuo por rápida pendiente á un abismo, y para sustraerse de su accion son necesarios violentos esfuerzos.

Muchas son las divisiones que de las mismas se han hecho, tales como en expansivas y depresivas, agradables y penosas, y, por último, en animales, sociales é intelectuales, que es la clasificacion que creemos más ventajosa. Las causas que las producen ó determinan son muchísimas: el temperamento, la edad, el clima, el estado de salud, el mal ejemplo, la época menstrual en la mujer, la educacion, la lectura de malos libros, los espectáculos y hasta las formas de gobierno, hé aquí una serie de motivos capaces de desarrollar y producir gran número de pasiones.

La influencia que ejercen sobre el organismo está fuera de toda duda. Con frecuencia vemos que la cólera, el temor, han dado por resultado congestiones ó hemorragias cerebrales. El exceso de alegría y todos los movimientos expansivos pueden ocasionar los mismos desórdenes. Generalmente en la edad madura y la vejez son peores estas consecuencias. Todos los accidentes debidos al amor, ya sea contrariado ó satisfecho, se refieren á las funciones cerebrales. Por eso, desde su forma más platónica hasta la más sensual, reacciona sobre el

cerebro y produce todos los resultados que se originan por una alegría intensa ó por las grandes penas.

Tambien el corazon y el sistema circulatorio son sumamente influidos por las pasiones, en términos que no escaso número de lesiones de aquella víscera son debidas á grandes afectos morales. En las alegrías y en los profundos dolores suele ocasionarse una abolicion instantánea de la inervacion del corazon, y el resultado es la muerte del que se encuentra en estas condiciones. Entre el cerebro y el corazon existen grandes relaciones; así es que todo lo que obra sobre uno de estos órganos, se refleja inmediatamente en el otro.

El aparato digestivo siente de un modo extraordinario la influencia de las pasiones. El estómago devuelve los alimentos que contiene, ó no completa la parte de la digestion que le está encomendada, y los aparatos de secrecion son influidos de un modo extraordinario. La orina aumenta, como es sabido, en los casos de temor, y las glándulas lagrimales segregan con abundancia cuando acaecen disgustos ó penalidades.

Como dice perfectamente el Dr. Monlau, la mitad de las tisis pulmonares reconocen por causa el amor ó la lujuria; las enfermedades crónicas del estómago, intestinos, higado y bazo son producidas por la ambicion, la envidia ó los grandes disgustos. El cáncer cuenta tambien en la historia de sus causas no escaso número de afecciones morales. La dispepsia y la gastralgia suelen ser producidas por la pasion del estudio, y muchos casos de enajenacion mental suelen reconocer por origen pasiones violentas ó afectos morales intensísimos.

La vida del individuo está en razon directa de la intensidad con que siente sus pasiones. Una persona que se deje ciegamente arrastrar por la pasion, sin tratar de refrenarla, está restando sus dias y abreviando sin cesar su existencia.

La edad y el sexo tienen tambien influencia marcadísima en las pasiones. Durante la infancia, deslízase tranquilamente la existencia, y las numerosas impresiones recibidas pasan con la rapidez que las ondas producidas en el lago por la piedra lanzada en su superficie. En la adolescencia tienen las pasiones el carácter de sensaciones necesarias, cuya satisfaccion proporciona el placer que con tanto anhelo se busca en esta época de la vida. La edad adulta lleva consigo la ambicion y el orgullo, y en la vejez desaparecen las pasiones expansivas para dejar su puesto á la avaricia y al tedio.

La mujer presenta algunas diferencias con el hombre en cuanto á las pasiones. Son las impresiones más vivas, y hay ménos energía en el sexo débil para resistir á las causas morales que incesantemente atormentan por doquier á la especie huma-

na. Para contrarestar este influjo, no hay mejor remedio que una educacion convenientemente dirigida, lo cual no deja de ser difícil en la mujer. Es necesario hacerla ver, como dice perfectamente uno de los escritores que con más acierto han tratado de este asunto (1), que la flor de su cabeza y el adorno de su cuello no son los objetos que primero han de ocupar su atencion; evitar que á los diez y siete años tenga accesos de melancolía y le fastidie á veces la existencia; que no se la dé por toda instruccion un conjunto de novelas en su mayoría de mortífero influjo, y que pueda, en fin, cruzar sin peligros la edad de la vida que tan erizada de escollos se encuentra.

II.

Hemos dicho que la division de las pasiones en animales, sociales é intelectuales, era la más oportuna, y en ese orden expondremos nuestras opiniones respecto al conjunto de diversos hechos relativos á tan interesante cuestion.

El exceso de alimentacion, que constituye la gula, es origen de no escaso número de enfermedades.

Hay precision de no dar al olvido que la cantidad de alimento que el hombre está obligado á ingerir diariamente en su estómago, se halla en razon directa del ejercicio que hace y de la fuerza muscular que tiene precision de poner en actividad. A mayor ejercicio, más alimentacion, pues en ese caso hay un gasto de carbono que no tiene lugar en la vida sedentaria.

Esta cantidad de alimentos se halla en razon inversa de la elevacion de temperatura. A medida que el calor es más considerable, hay ménos necesidad de alimentacion, puesto que se quema una cantidad menor de carbono. De aquí la razon que en el verano haya ménos apetito, y es que el organismo tiene ménos necesidad de alimentos, y no se presentan manifestaciones exteriores de la necesidad indicada.

Combinando estas dos influencias, se ha llegado á deducir, segun Becquerel, que no haciendo ejercicio alguno y residiendo en un país tropical, puede el hombre reducirse sin inconveniente á la alimentacion más insignificante.

Teniendo en cuenta las anteriores consideraciones, fácil es deducir que desde luego debe reprobarse la higiene cuanto se refiere á los excesos y desórden en la alimentacion.

La embriaguez, producida por el abuso de las bebidas alcohólicas, acarrea en primer lugar una inflamacion gástrica, estimula fuertemente el corazon y produce una perturbacion en las facultades intelectuales, que puede degenerar en una verda-

(1) D. Severo Catalina.—*La Mujer*.

dera demencia. Es indudable que el uso inmoderado de los alcohólicos ejerce sobre el estómago, intestinos é hígado una alteracion profunda, y hace sus funciones mucho más difíciles, no siendo tampoco raras las congestiones apopléticas, resultado del reblandecimiento de la sustancia cerebral. Pero se ha observado tambien que los individuos que desgraciadamente han contraido este hábito que tanto degrada, no es oportuno que lo supriman de un modo brusco, sino que deben volver al régimen normal por pequeñas gradaciones. Los efectos que hemos indicado varían, como es natural, según el temperamento de la persona que comete el abuso y la naturaleza de la bebida alcohólica á que se somete.

Es una fuerza irresistible la que se apodera de muchos individuos para hacer uso de estas bebidas; pero por lo mismo será más meritorio el vencer á tan avasallador tirano.

III.

Otra de las pasiones que con más frecuencia conducen á los más terribles resultados, es la lujuria. Siente el hombre la necesidad de la reproducción de su especie; pero nada más fácil que los desórdenes y extravíos en los medios de satisfacerla. Casi siempre traspasa los límites que la naturaleza señala, y la religion juntamente con la ciencia, al paso que las buenas costumbres sociales, tienen severísimas censuras para esas extralimitaciones.

Así como nada hay más sublime ni digno de admiracion que lo que se denomina amor platónico, no hay tampoco cuadro más repugnante que la satiriasis. En los albores de la adolescencia, y durante la juventud, existe en los dos sexos un movimiento simpatético del uno hácia el otro, en términos que parece se sacrifica á esta sensacion todo lo que hay de más caro, puesto que en la posesion del objeto amado se cifra la felicidad suprema. Es una especie de dulcísima cadena que sujeta á los amantes; cadena que, aunque de flores tejida, ejerce un imperio y yugo despóticos.

Nada significan los castigos, la autoridad paterna, las privaciones de la miseria con sus horrores, ni la misma muerte, para que todo lo arrostre el enamorado. En estos casos es cuando hace falta una direccion bien entendida, que, sin violencias ni medios coercitivos, alcanza mayores resultados que se consiguen por el terror.

El amor no puede definirse. No le es dado á la fria lógica penetrar en esos arcanos de la naturaleza.

Creemos, con uno de nuestros escritores más bien reputados, que son los poetas los que más se acercan á dar idea del amor con alguna exactitud. Las

tintas rosadas de la aurora, la purpurina nube que se dibuja en el horizonte, el ruiseñor que entona en el bosque cadenciosos trinos, la hoja que se mueve al soplo del céfiro, la cascada que bulliciosa salta, y el arroyuelo que cual plateada cinta se desliza: hé aquí lo que es el amor para los dichosos que beben sus inspiraciones en la fuente de Castalia. Pero es cual el perfume de la flor que halaga, cuando se aspira á distancia, y embriaga si en abundancia lo colocamos en nuestras viviendas. Tiene, al par que purísimos goces, no escaso número de sufrimientos y dolores. Es, sin duda, una de las dichas de la existencia, lo que hace que la vida circule por todas partes, reparando los desastrosos efectos de la muerte; pero exige al propio tiempo extraordinario cuidado para no entregarse en cuerpo y alma á sus impresiones, por lo mismo que son tan vivamente deseadas y se buscan con febril anhelo en momentos de exaltacion.

Por lo demás, el amor es una pasion difícil de caracterizar, pues se complica con los caprichos, virtudes y aficiones particulares del que lo experimenta. Es suspicaz, exigente, egoista, grosero, tímido, ilustrado, etc., según el sujeto de que se trate. Lo que sí puede asegurarse es, que cuando solo se funda en los atractivos de la juvenil belleza, raras veces sucede que la posesion del objeto amado no acabe por producir el fastidio, ó cuando ménos la indiferencia.

Porque, no hay que dudar, tiene dos caras el amor, una que sonríe, llena de la poesía que va siempre en pos de la castidad y de los buenos sentimientos, y otra que le torna en caprichoso y despota tirano que conduce por rápida pendiente á los horrores de un abismo.

Aquí es llegada la hora de la intervencion del higienista, procurando con su talento y su instruccion ilustrar á los padres ó encargados de velar por la educacion de los jóvenes, ó haciendo él mismo sus veces en multitud de ocasiones, llamando en su auxilio, ya los dulcísimos consuelos que la religion y la moral proporcionan, ó bien por medio del ejemplo ó libros adecuados, poniendo á su vista lo fugaz de los encantos de la hermosura, de esa belleza que tanto seduce y tan efímera es, y llamando la atencion hácia otras esferas del arte ó de la ciencia, donde puedan templar la sed que les devora, haciendo desaparecer de sus manos las novelas perjudiciales.

Si consigue su objeto, bien puede asegurarse que ha realizado una de las más grandes conquistas, encauzando por suaves senderos el devastador torrente, y ha sido el benéfico riego que ha consumido las llamas de voraz incendio.

¡Dichoso el que pueda registrar en los anales de su vida algun hecho semejante!

IV.

El amor excesivo que los padres tienen por sus hijos puede degenerar, como sucede muchas veces, en una verdadera ceguera, no menos perjudicial que la falta de cariño á sus descendientes. Que un padre quiera, como es natural, á sus hijos, es un sentimiento que ennoblece, pero no es menos conveniente reprimirle aún por el interés de los mismos hijos. La exageración de sus buenas cualidades, como de ordinario acontece, les perjudica, pues hace que los jóvenes se engrían, forjándose ilusiones que después el tiempo ha de convertir en crueles desengaños. Es muy general observar que personas de muy elevado criterio y de acertadísimo juicio en multitud de cuestiones, por árduas y difíciles que sean, cuando se trata de apreciar el valor de sus hijos cometen errores de tal naturaleza que apenas se conciben en sujetos de tan superior talento. Es que ciega indudablemente el amor de padre; falta esa imparcialidad tan necesaria é indispensable en todos los casos en que hay que establecer apreciaciones.

Digamos ahora algunas palabras acerca del suicidio, que más bien que pasión es un acto criminal, aunque no se halle penado en el Código. Es una aberración fisiológica, como dice perfectamente el Sr. Monlau, pues se ve la carencia del instinto de conservación, que no falta ni en los animales. Las causas del suicidio son diversas y en gran número. El exámen de las estadísticas de suicidas puede, en este concepto, dar alguna luz. Los acontecimientos políticos, el espíritu militar, los reveses de fortuna, los disgustos domésticos, el abuso de los placeres, el juego, la ambición, la envidia, la nostalgia; hé aquí los motivos que conducen á tan desesperada determinación.

También se han observado horas determinadas del día en que tienen lugar con más frecuencia los suicidios. Las primeras horas de la mañana dicen los datos estadísticos que son las que presentan mayor cifra. En concepto de Beaugrand, se explica este aumento porque la mañana sigue inmediatamente á la noche, durante la cual se verifican las reflexiones tristes y dolorosas. La imaginación exaltada hace ver la desgracia con grandes proporciones; la soledad, el aislamiento, el silencio que en esas horas reina, reconcentran al individuo en sí mismo, y de aquí á la consumación de su proyecto hay sólo un paso que fácilmente se salta, si no existe una mano amiga que derrame algún consuelo sobre el desgraciado que se halla en tan angustiosa situación.

Se ha observado asimismo que en la primavera y verano hay más suicidios que en las demás estaciones; que en el hombre es más frecuente que en la

mujer, y que en el celibato hay mayor propensión que en el matrimonio.

Uno de los más eminentes poetas contemporáneos, el autor de obras dramáticas como *Traidor, inconfeso y mártir* y del poema *Granada*, se dió á conocer en unos versos que leyó al tiempo de dar sepultura á un desgraciado suicida, también poeta y crítico. Parecía que en el momento de dar tierra á las cenizas de un poeta, rompíase la crisálida que envolvía la mariposa de otro que tanto había de producir. Sin embargo, algún tiempo después renegó de su origen, diciendo:

Broté como una planta maldecida,
Al borde del sepulcro de un malvado,
Y mi primer cantar fué á un suicida,
Agüero fué, por Dios, bien desdichado (1).

Algun encomiador del suicidio, como Madame Stael en su obra titulada *El influjo de las pasiones*, bien pronto se ha arrepentido de lo escrito, considerándolo como una demencia, acerca de cuya calificación de valor ó cobardía existen diversos pareceres.

Briere de Boismont ha hecho un estudio detenido del suicidio, á cuya obra remitimos á nuestros lectores que deseen conocer este asunto bajo el punto de vista filosófico-social.

En cuanto á los medios de combatir sus causas, creemos que una educación moral y religiosa conveniente, la moderación en todas las pasiones, los viajes, las emociones, las buenas compañías, todo lo que contribuya á formar un ciudadano probo, imbuyendo en su alma la fe y la esperanza en el porvenir, ó lo que es lo mismo la virtud de la paciencia, más heroica en ocasiones que los actos de más valor.

La avaricia es una de las pasiones que más influyen en el carácter del hombre y que más le avasallan. Es la exageración del instinto de propiedad, y consiste en un deseo inmoderado de acumular riquezas, para lo cual no vacilan los que padecen este vicio en sufrir todo linaje de privaciones, hasta de los objetos más necesarios para el sosten de la vida. No debe confundirse al parco con el avaro. El primero es digno de respeto, sobre todo si el capital que posee es fruto de su laboriosidad y aplicación; pero el avaro, tan bien caracterizado por Molière en el teatro, sólo merece la compasión del enfermo incurable. Sordo á todo sentimiento caritativo, para él se hallan secas esas hermosas fuentes que tantos goces proporcionan con el bien ajeno. Para ellos, el único remedio, no seguro, sino probable, es el ridículo, aunque debe desconfiarse que produzca resultados.

(1) D. José Zorrilla.

V.

Lo que se denomina nostalgia es la tristeza producida por el alejamiento del país en que se ha nacido ó se ha permanecido mucho tiempo. Brillantemente lo dió á conocer D. Alberto Lista, al exclamar:

«Feliz aquel que no ha visto
más rio que el de su patria
y duerme viejo á la sombra
do pequenuelo jugaba.»

Se observa con frecuencia en los soldados jóvenes y en personas poco habituadas á viajes.

El hábito y los buenos consejos, acompañados de distracciones, es lo que puede producir mejores efectos para combatirla, sin que por esto nosotros creamos que los viajes no son un elemento de cultura y civilización en general, y principalmente en las personas dedicadas á las ciencias, cuyo estudio no pueden decir que han completado si no han visitado los grandes centros de Alemania, Inglaterra y Francia, donde existen las primeras eminencias del mundo, en cada una de las especialidades respectivas.

El orgullo y la vanidad, que reunidos producen la ambición, suelen ser pasiones frequentísimas por desgracia, y para combatirlas sólo se encontrará medio en la educación bien dirigida de los niños, haciéndoles ver que sólo en la honradez y la modesta medianía se encuentra la posible ventura, y que no anhelan ni altas posiciones, ni honores ó riquezas que acarreen en pos de sí no pocas amarguras.

Recordamos con este motivo las siguientes estrofas de la bella composición de un distinguido y modestísimo poeta, que sintetizan perfectamente nuestro pensamiento:

En su feliz retiro,
Ni pecheros conoce ni señores;
Ve al año en dulce giro
Reir en la heredad de sus mayores.
Cuando con grave ceño
Despliega su crespon la noche umbría,
El paz disfruta y sueño
En brazos de la hermosa medianía.
Ni régios artesones,
En columnas de pórfido elevados,
Ni firmes torreones
Dan albergue seguro de cuidados (1).

(1) Esta composición titulada «La tranquilidad en la medianía» está inserta en las poesías del malogrado vate D. José Martínez Monroy, áun cuando no le pertenece, pero sin revelar el nombre de su autor.

El febril deseo de gloria y de aura popular produce también no pocas víctimas. De tal suerte avasalla, que los que de él se encuentran poseídos, desdeñan el oro y los placeres, les son de todo punto indiferentes todas las demás sensaciones. Ni los encantos de la naturaleza, ni los gratos deleites de la amena literatura, ni los goces de la familia, significan cosa alguna para esos infelices á quienes el amor del aplauso embriaga y fascina. Las manifestaciones políticas se hallan íntimamente relacionadas con esta pasión, principalmente en los partidos extremos que halagan con sus intransigencias á las masas populares, las cuales no vacilan en prodigar sus aplausos entusiastas á cambio de promesas casi siempre mentidas.

Deben desde luego los individuos, las familias y los gobiernos, procurar á todo trance encauzar esta funesta pasión, que conduce á no pocos extravíos, no sólo á los que la padecen, sino, lo que es todavía peor, á la sociedad en que viven.

Los sabios eminentes, los grandes literatos, los genios, los profundos pensadores, los inspirados poetas, los hombres de Estado, los generales ilustres, ya les sale el aplauso público al encuentro, sin que se ocupen de mendigarlo. A esos son los que debe la opinión alzar los pedestales de gloria, y no á los perturbadores de oficio, cualquiera que sea su nombre.

VI.

Muy enlazada con la ambición se halla la envidia, á la cual predisponen los temperamentos bilioso y nervioso, y la infancia y la vejez. Generalmente es una pasión ciega y furiosa, que jamás reconoce el ajeno mérito, hallándose, por el contrario, muy dispuesta á exagerar desmesuradamente los defectos extraños. Es más común en las mujeres que en los hombres, y áun en éstos, en determinadas profesiones. Existe un antiguo adagio que dice: *Invidia medicorum pessima*, que debieran los aludidos tratar de desmentir. (1)

Para corregir este defecto, se emplearán análogos medios á los que hemos citado en otras pasiones.

El amor á todo lo que es nuevo y la sed insaciable de impresiones, hace que se vaya en pos de distracción á los diversos espectáculos que la moderna cultura ofrece á las sociedades. El teatro es el sitio á que de ordinario se concurre como medio de solaz, y ha de merecer ciertamente la aprobación del hombre de ciencia, cuando cumple con su misión de escuela de costumbres. Pero, por desgracia, no siempre acontece esto último. Muchas de

(1) Véase la Higiene privada del Sr. Montan.

las obras dramáticas despiertan en los corazones sentimientos que se hallaban dormidos, pero no muertos, y son la chispa que produce devorador incendio. No son estas las que recomienda la higiene, sino al contrario; todas las que al propio tiempo que satisfacen las exigencias de la crítica literaria, llenan los deseos del moralista, sin pecar en el extremo de la trivialidad. La mayoría (salvas algunas excepciones) de las comedias de nuestro teatro clásico, que brillantaron con los destellos de su genio Lope, Tirso, Moreto y Calderon, se hallan en el caso de merecer no solo la admiración del higienista bajo el concepto literario, sino su más completo asentimiento para el solaz compatible con la salud.

La paz del espíritu que produce la pureza de costumbres es el medio más adecuado, en concepto Tissot, para conservar la salud. Los placeres y la molición acaban tanto la vida como los pesares y continuados disgustos.

Análogas consideraciones pueden hacerse respecto á los bailes y reuniones, conciertos, etc., que además de celebrarse en locales estrechos é insuficientes para que respiren un aire puro y bastante oxigenado las personas que á estas fiestas concurren, se aumenta en los mismos el espíritu de frivolidad y el inmoderado lujo que obliga á sacrificios superiores á las fortunas modestas, siendo el móvil que impele desgraciadamente á muchos á traspasar los umbrales de la honradez. Además, las horas á que de ordinario terminan todas estas diversiones suelen ser las más avanzadas de la noche, lo cual impide que al siguiente día pueda abandonarse el lecho á una hora propia para dedicarse al trabajo, siendo por otra parte un descanso incompleto el que se verifica fuera de las horas del silencio nocturno, en que debe tener lugar. En una palabra, como decía el inmortal Cervantes, «los que pasan las noches de claro en claro, pasan los días de turbio en turbio.» No indica buena salud el rostro de los que tienen por costumbre el continuo trasnochar: es el sueño tan necesario como el alimento, y á la larga esos desgraciados tendrán más de una ocasión de arrepentirse de su pasada conducta, cuando ya no les sea posible retroceder en su camino.

También opinamos, aunque estemos en minoría, que las corridas de toros son un espectáculo contrario á la civilización y á la cultura, y que debe procurarse la abolición de un espectáculo sangriento, y donde sólo se crean ó despiertan los instintos de ferocidad, al ver con indiferencia en peligro gravísimo la vida de los hombres, y morir despiadadamente animales que la agricultura reclama para más digno empleo. Un distinguido escritor, el Sr. D. Angel Fernandez de los Rios, se expresa del modo siguiente al hablar de este asunto:

«A despecho de los que elevan el espectáculo á la categoría de institución nacional, veneranda, sagrada, permitásenos revelar nuestro convencimiento de que el espectáculo ha entrado por fortuna en el período de la agonía. No tienen defensa las corridas; cien años hace que el opúsculo *Pan y Toros* está aguardando contestación. Crece de día en día el número de los que condenan ese entretenimiento deplorable que tuerce los instintos suaves de la niñez, corrompe los generosos sentimientos de la juventud, habitúa al pueblo á deleitarse en hacer daño, le enseña á herir y matar, á gozar en la sangre y la agonía, á considerar la crueldad placer, la traición arte, la gritería contentamiento, la desvergüenza chiste, la blasfemia elocuencia. Es una bacanal con privilegio exclusivo para hacer paréntesis en los deberes sociales. ¡Qué pueden mil escuelas enseñando durante un mes cultura de lenguaje, comparada con la propaganda de vocablos y frases bárbaras que una sola corrida hace en tres horas, imponiéndola luego á la prensa que en cientos de miles de ejemplares esparce por el país el dialecto de los calabozos y presidios, el caló de los ladrones y asesinos!»

Estas frases expresan nuestro pensamiento con mucha más elocuencia que nosotros pudiéramos verificarlo.

Bien se nos alcanza que acaso más de un lector nos tache de pesimistas ó sobrado exagerados en la determinación de los peligros. No creemos incurrir en esos extremos. Decimos lo que, según nuestro leal saber y entender, se nos alcanza, por más que nos pongamos en contradicción con algunas de las costumbres que la moda ha introducido; pero por lo mismo debe decirse la verdad, deducida de lo que la ciencia enseña, que por más que sea amarga, no deja de ser una grandísima verdad.

Del juego, que puede referirse á una variedad de la ambición, solo diremos que no encontramos bastantes palabras con que reprobarlo. La sociedad y la ciencia se hallan en el caso presente de acuerdo al lanzar el anatema sobre tan funesto vicio, que conduce á los mayores crímenes, al suicidio y á la deshonra, al propio tiempo que es la causa ocasional de no escaso número de dolencias, entre las que se hallan los aneurismas y las ingurgitaciones viscerales. Según Descuret, el célebre autor de la *Medicina de las pasiones*, al jugador se le deben presentar sentimientos generosos, conduciéndolo al bien por un sendero de flores, que no abandonará cuando vea que la consideración pública es el primero y más preciado premio que obtiene de su nueva conducta.

Resumiendo, diremos; que en general el tratamiento de las pasiones debe reducirse á neutralizar la influencia del predominio orgánico después de

bien estudiado; á separar en lo posible las causas que produzcan la pasion, y á combatir el hábito, que sin duda alguna es de los más difíciles problemas. Por otra parte, las leyes, imponiendo penas adecuadas, codyuvarán si no á la extirpacion, cuando ménos á la notable disminucion de los estragos que llevan en pos de sí las pasiones, cuyos estragos afectan en gran manera al bienestar y reposo públicos.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

HISTORIA

DE LA REVOLUCION DE RUSIA EN 1762.*

(Continuacion.)

XIII.

Mientras la corte se paseaba en los jardines dando muestras de la mayor consternacion, el feld mariscal Munick pidió ver al Monarca para exponerle un plan de defensa. La reputacion que le habian alcanzado sus pasadas victorias le abrió las puertas del palacio imperial desde la vuelta de su destierro. Hasta entónces habia guardado silencio en todo, y sido mudo testigo de la mania militar de la corte, sin representar en ella otro papel que no fuera el de uno de sus principales ornamentos; pero como en la ocasion de los grandes peligros los talentos superiores se abren camino fácilmente y recuperan su ascendiente, Munick se prometia salvar al Emperador, y por este medio convertirse de nuevo en árbitro del Estado. Hizo calcular á Pedro acerca de las fuerzas de que disponia la Emperatriz; le anunció que tardaria pocas horas en llegar á Peterhoff con 20.000 hombres y una artilleria formidable; le demostró que aquel palacio no era punto estratégico ni que pudiera ponerse en estado de defensa; añadió que conocia bastante al soldado ruso para saber que la resistencia solo sería parte á exasperar á las tropas y dar lugar á que pasaran á cuchillo al Emperador y á la corte; que su salud estaba en Cronstadt, plaza fuerte, bien guarnecida y con una flota en el puerto, y que á ella debia recogerse y allí resistir á la sublevacion.

Este consejo reanimó los ánimos de tal manera, que aquellos que ya se disponian á dejar al Emperador abandonado á su suerte, acordaron seguir con él adictos á su causa y esperar los acontecimientos. Un general de confianza fué enviado á Cronstadt para tomar el mando de la plaza, y á poco volvió de ella un ayudante para anunciar á S. M. que la guarnicion le permanecia fiel y que estaba resuelta á morir en su defensa; que se esperaba y que se ha-

cian con la urgencia debida los preparativos necesarios. Entre tanto llegaron los soldados holsteineses; y como con su vista y la seguridad de tener guardadas las espaldas le acometiera de nuevo un acceso de militarismo, mandó formar la tropa en línea de batalla, diciendo que «un general no podia decorosamente abandonar el campo sin haber visto siquiera al enemigo.»

Dos *yachts* esperaban al Czar y la corte cerca de la orilla; pero S. M. se resistió á embarcarse, sin atender á los consejos de las personas prudentes, ni á las súplicas de las damas, ni al terror de los bufones, y proseguia tomando disposiciones y examinando y discutiendo el partido que podria sacarse de los accidentes del terreno. Mientras se perdía un tiempo tan precioso en tales puerilidades, llegaron á Peterhoff noticias auténticas de lo ocurrido en San Petersburgo, y ellas abrieron los ojos respecto del verdadero estado de las cosas. Poco después, á cosa de las ocho de la noche, vino á escape un ayudante para anunciar que la Emperatriz en persona, á la cabeza de un ejército de 20.000 hombres, avanzaba sobre Peterhoff. Lo cual oido, sin aguardar más pormenores, determinó al Monarca á embarcarse con su corte, adoptándose tarde, y bajo la presion del miedo, el consejo que ántes habia dado Munick.

A fuerza de vela y remo se dirigian los *yachts* en demanda de Cronstadt; pero, desde que volvió el ayudante hasta aquel momento, habian ocurrido en la plaza sucesos de la mayor importancia. Porque, como en el tumultuoso consejo celebrado por la mañana á presencia de Catalina se olvidaran todos de aquel formidable baluarte, un jóven oficial allí presente lo recordó, y esta advertencia por demas oportuna, que le valió merecida recompensa, hizo comprender á los asistentes que urgia posesionarse de él: el vicealmirante Talizine se encargó de realizar el plan. Partió, pues, en una chalupa y prohibió á los marineros, bajo pena de muerte, que dicesen de dónde venian. Al atracar al muelle, el nuevo gobernador, que habia dado la orden de no dejar desembarcar á nadie sin su permiso, le salió al encuentro, y viéndolo venir sólo lo dejó saltar en tierra. Talizine le dijo entónces que, hallándose en su casa de campo, habia oido hablar de trastornos en la capital, y que como su puesto era á bordo de la escuadra, habia venido en derecha y sin poder averiguar de lo que se trataba. El comandante dió crédito á sus palabras; mas no bien se hubo separado de Talizine, cuando éste, reuniendo algunos soldados y marineros, les propuso prender al gobernador, añadiéndoles para persuadirlos á quebrantar la ordenanza que el Emperador habia sido destronado; que era necesario contraer méritos con la Emperatriz, entregándole la plaza, y que si tal ha-

* Véanse los números 196, 197, 198 y 199, págs. 663, 715, 754 y 792.

cian, su porvenir estaba asegurado. Todos lo siguieron. Momentos despues, el general enviado por Pedro quedaba preso, y la guarnicion de los fuertes y los tripulantes de los buques surtos en el puertos prestaban juramento de fidelidad á Catalina en manos del osado Talizine.

Poco tardaron en divisarse las galeras del Emperador que venian á todo trapo la vuelta de Cronstadt, y comprendiendo Talizine que la presencia de Pedro pondria las cosas en gravísimo peligro de malograrse, se propuso impedir el desembarco de la corte.

A una señal suya, la guarnicion toma las armas y se apresta á romper el fuego; en las baterías, doscientos cañones dirigen su puntería al punto por donde se divisa al Emperador. A las diez de la noche llega el *yacht* del Emperador, y cuando estuvo al alcance se le mandó hacer alto.

—¡Es el Emperador!—gritaron los del *yacht*.

—¡Ya no hay Emperador!—contestaron cien voces desde la muralla.

A estas palabras, Pedro se levanta, da algunos pasos, se desemboza para dejar ver el uniforme, y dice:

—Soy yo, reconocedme.

La guardia del muelle entónces, porque el *yacht* habia seguido avanzando hasta atracar, preparó las armas, y su jefe amenazó á los de á bordo con hacer fuego si no se apartaban de allí.

El Emperador cae desvanecido en brazos de sus servidores; Talizine da órdenes con su vocina; la multitud grita enfurecida, y en medio de este tumulto, y temiendo el capitan del *yacht* imperial que cayese sobre el monarca una lluvia de balas, mandó cortar las amarras y salir la vuelta de afuera. Al dar la voz de mando el capitan y advertir la maniobra los de la muralla, se hizo un gran silencio, y de allí á poco resonó un ¡viva la emperatriz Catalina!, que contestaron todos los que asistian á aquella escena.

Miéntas que la corte huía á fuerza de remo de la plaza, el Emperador bajó á la cámara del *yacht*, exclamando: «La revolucion es general: la he visto formarse desde el primer dia de mi reinado.» La favorita y su padre fueron las únicas personas que lo siguieron para consolarlo. Cuando estuvieron ambos buques fuera del alcance de los cañones de la plaza, se detuvieron, y así, bordeando, pasaron la noche, que fué por demas tranquila y apacible. Munick permaneció sobre cubierta hasta el despuntar del alba.

XIV.

Cuando las tropas de que disponia Catalina hubieron salido de la ciudad y puéstose en marcha, era ya demasiado tarde para avanzar hasta donde

se hallaba Pedro III. Por eso su esposa, temiendo cansar á sus soldados y necesitada ella de reposo, hizo alto en una quinta del camino; y como á su llegada se hiciera servir un abundante refresco, invitó á la mesa gran número de oficiales, diciéndoles: «Nada quiero sin partirlo con vosotros.»

Creíase entónces que los soldados de la Emperatriz habrian de combatir contra los soldados holsteineses del Emperador en Peterhoff; mas es lo cierto que allí nada quedó que opusiera resistencia despues del embarque del Czar. Los holsteineses se habian replegado á Oranienbaum, y Peterhoff estaba franco de milicia, si bien no de gente campestre que armada de horquetas y de hoces, y á las órdenes de algunos húsares habian acudido al llamamiento del Monarca. Su buena voluntad en el servicio del Czar, no fué, sin embargo, parte á contenerlos cuando á las cinco de la mañana, Orlof, que venía en una avanzada, cayó sobre ellos, dispersándolos á sablazos, al grito repetido de ¡viva la Emperatriz! Los pobres labriegos huyeron á la desbandada, haciendo coro á las voces de Orlof y arrojando sus herramientas para correr con más presteza á refugiarse en sus hogares. De allí á poco llegó Catalina con el grueso de sus tropas y entró triunfalmente en el palacio de donde habia salido fugitiva veinticuatro horas ántes.

XV.

El Emperador, entre tanto, que habia pasado la noche en una frágil embarcacion, dando bordadas y reducido de un tan omnimodo poder como habia sido el suyo, á no ver reconocida su autoridad más allá de las batayolas de dos *yachts* de recreo, sin más fortificaciones tras de las cuales resistir que las inútiles de Oranienbaum, ni más tropas que sus holsteineses, y para eso desalentadas, vencidas ya sin haber combatido, sin viveres ni municiones, entre una escuadra dispuesta á romper el fuego contra su pabellon imperial, y Cronstadt sublevado, y Peterhoff ocupado ya por el enemigo, mandó llamar al fe'd-mariscal Munick y le dijo de esta manera: «Debí seguir tus consejos con más premura; pero ya eso no tiene remedio. Dime si lo tiene esta situacion apurada en que nos vemos.»

Munick contestó que aún podia salvarse todo si luego al punto y á fuerza de remo se dirigian á Revel, y embarcándose en un buque de guerra, volaran á Prusia, donde tenia 80.000 hombres de sus mejores tropas, con los cuales podia entrar en sus Estados, y en el trascurso de seis semanas posesionarse de nuevo del Imperio.

El anciano general respondia de la eficacia de este remedio y de la facilidad con que podia ponerse en ejecucion. Y como los cortesanos y las damas que habian entrado en la cámara detrás

de Munich para oír de su boca lo que aún restaba que esperar, hicieran la advertencia de que los remeros no podían bogar tanto tiempo como era necesario para la travesía indicada, Munich replicó: «Remaremos todos.»

Lo cual oído, produjo estupor en los circunstantes; y ya sea que la adulación no hubiese abandonado aún al Czar, ya que en aquel momento supremo todos le fueran traidores, cosa difícil de averiguar, espusieronle á una «que no era el caso de tanta extremidad que hiciera necesario apelar á remedio tan heroico; que no convenia ni se acomodaba con la majestad de un príncipe tan poderoso el salir de sus Estados en un buque sin escuadra que lo acompañase; que no era posible que la nación estuviese levantada contra él, y que á no dudarlo, todo cuanto pretendían los amotinados era reconciliarlo con la Emperatriz su esposa.»

Pedro III se rindió á este parecer; y como quien poseído de magnánimos sentimientos se propone otorgar generoso perdón á súbditos levantiscos, saltó en tierra cerca de Oraniembaum. Sus criados salieron á recibirlo á la orilla con grandes muestras de sentimiento, y él al verlos de esta suerte, les dijo por todo consuelo: «No somos nada.» Por ellos supo que el ejército de la Emperatriz se hallaba muy cerca, cosa que lo turbó de tal manera, que ya no acertó á disponer ni coordinar proyecto ni discurso que no fuese parte á demostrar el trastorno de su cabeza. En el tumulto de ideas que se agolpaban á su imaginación, siguiéndose unas á otras sin orden ni concierto, su favorita, seducida con la esperanza de hallar asilo y tal vez un trono para ella en el ducado de Holstein, lo persuadió á que despachara un correo sin más tardanza á la Emperatriz, pidiéndola por toda gracia que los dejase partir. Según ella, esto era concederle todo á Catalina, que no podía esperar mejor solución, ni más fácil y llana, para lograr sus propósitos ambiciosos.

Esta fué la última decisión de aquel príncipe desgraciado; y luego, sin más tardanza, cediendo al consejo por demás prudente de que la única manera de evitar la saña de los rebeldes consistía en no hacerles resistencia, dispuso que fuese desmantelado y arrasado cuanto pudiera servir de parapeto y defensa. Después, no pareciéndole aún bastante lo mandado, añadió que se desmontaran los cañones y que se diseminaran los soldados, dejando antes en el suelo sus armas y arreos de guerra.

Munich, al ver esto, preguntó al Emperador si no sabía morir como soldado al frente de sus tropas. «Si teméis la muerte, añadió, tomad un crucifijo y recogeos á un lugar apartado, y yo me encargaré de pelear.»

El Emperador persistió en su resolución, y sin que

fuesen parte á contenerlo las reflexiones de Munich, escribió á su esposa diciéndola que le abandonaba el imperio de Rusia y le pedía en cambio que lo dejase partir para su ducado de Holstein con la Woronzof y su ayudante Goudowitz.

El gentil hombre á quien había nombrado por su generalísimo, recibió encargo de poner esta carta en manos de la Emperatriz. Una multitud de cortesanos aprovechó esta embajada para marcharse en ella, dejando abandonado al Czar.

Catalina envió á su marido por toda respuesta el siguiente documento, con encargo de que lo firmase:

«Durante los pocos meses de mi reinado en el Imperio de Rusia, he podido convencerme de que mis fuerzas no eran bastantes á soportar el peso del poder absoluto, y de que ni bajo esa ni bajo ninguna otra forma de gobierno, estoy en aptitud de ejercer soberanía. El estrago que mi falta de condiciones para ocupar el trono está causando en mis Estados, es sobrado notorio para que me sea necesario describirlo; baste que diga que de continuar así las cosas sobrevendría en plazo no lejano la ruina del Imperio, y yo legaría mi nombre á la posteridad cubierto de infamia.

»Por estas razones, y después de haber reflexionado maduramente el caso, declaro de mi libre y espontánea voluntad, y en la forma solemne que lo hago á la faz de mi pueblo y del mundo, que renuncio para siempre á la corona y al ejercicio de la soberanía sin reserva alguna, no utilizando jamás ningún auxilio que pueda proporcionármeme para volver á adquirirla. En fe de lo cual, y jurando ante Dios y el mundo, escribo y firmo el presente documento de mi propia mano.»

¿Qué podía temerse ya de un hombre que no vacilaba en suscribir semejante papel?

El generalísimo llevó á Catalina la abdicación, y hecho esto, volvió al sitio en que se hallaba Pedro, mandó encerrar en las granjas y alquerías vecinas los soldados holsteineses, y dispuso que el ex-emperador con su favorita y Goudowitz salieran sin más tardanza para Peterhoff.

Pedro, al entregarse á discreción en manos de los partidarios de su mujer, esperaba todavía y confiaba en algún suceso inesperado; pero las primeras tropas que halló en su camino y que eran los 3.000 cosacos que los emisarios de la Emperatriz habían alcanzado antes que los del Emperador, lo acogieron con el más profundo silencio. En cambio, al llegar al grueso del ejército, las tropas comenzaron á dar grandes y nutridos vivas á Catalina, con lo cual el Czar perdió ya toda esperanza. El entusiasmo de esta proclamación fué en aumento hasta que los soldados perdieron de vista el carruaje donde iba el Monarca.

Al entrar en el palacio de Peterhoff, no bien hubieron echado pié á tierra los que venían en la carroza, un grupo de soldados en estado de embriaguez se apoderó brutalmente de la de Woronzof, y en medio de los más soeces insultos y desacatos, la llevó léjos de su amante. Goudowitz fué tambien apostrafado y cubierto de dicterios, sobre todo, cuando reprendió á aquella turba por su conducta. El Emperador, entre tanto, subía solo la escalera. Al llegar á una antecámara, le dijeron: «¡Quitate el uniforme! Y como ninguno de los sublevados fuera osado á tocarlo, él mismo se despojó de su banda, de su espada y de su casaca, y arrojándolas léjos de sí, exclamó: «Héme ya en vuestras manos.» Dejaronlo algun espacio en mangas de camisa y descalzo, é hicieron escarnio de él, y por tal manera quedó Pedro separado para siempre de su dama y de su ayudante favorito, á quienes no volvió á ver. Estas tres personas salieron momentos despues en distintas direcciones y bajo la guardia de fuertes escoltas.

XVI.

Inquietos y desasosegados estaban entre tanto los habitantes de la capital, careciendo desde hacía veinticuatro horas de noticias de la Emperatriz. Comenzaba con esto á cundir un incierto temor entre las masas, y como un vago presentimiento de males y desgracias por venir, y se advertía que sin gran esfuerzo, hubiera la muchedumbre proclamado á Pedro III si sus parciales, aprovechando aquel momento hubiesen dado un grito en favor suyo. Pero nadie se agitó en ningun sentido, y los amigos del desposeido Emperador, si aún le quedaban, permanecieron silenciosos ú ocultos. A las cinco de la tarde se percibió un lejano disparo de cañon: con esto la ansiedad subió de punto; mas poco tardaron los ánimos en tranquilizarse al advertir que era el primero de una salva de artillería señal de júbilo, mensajera de triunfo, que dispuso y preparó á los entristecidos habitantes de San Petersburgo á recibir con alegría al vencedor.

La Emperatriz pasó la noche en Peterhoff, y al dia siguiente de mañana, recibió en su cámara á gran número de personas, que otro tiempo gozaron de mucho valimiento con ella y que despues la abandonaron en la época de sus desgracias, sobre todo damas de la corte que habian seguido la estrella de la favorita y contribuido tanto como ella misma á mantener vivo en el corazon del Czar el odio á Catalina. Todos cayeron de rodillas delante de la Emperatriz, implorando su gracia. No pocos de aquellos humillados cortesanos eran parientes de la de Woronzoff, y al verlos en actitud tan suplicante, la de Aschekoff, hermana de la derrocada favorita, se arrojó tambien á los piés de Catalina,

diciendo: «Señora, ved aquí á los míos, sacrificados por mí á vuestra causa.» La Emperatriz acogió á todos con muestras de la más amable indulgencia, y cruzó en el acto y á presencia de ellos á la de Aschekoff con la banda y las insignias que habia usado la favorita, como para darle público testimonio del aprecio en que tenia sus servicios.

Tambien recibió aquel dia al feld-mariscal Munick. —Sé que has querido combatirme, le dijo:

—Sí, señora,— le contestó el veterano;— pero mi deber es ahora combatir por vuestra Majestad.

Catalina le mostró con el tiempo tanto afecto, que el anciano soldado se convirtió en grande admirador del carácter y del ingenio de la Emperatriz, á quien comunicó á manera de lecciones cuanto su larga experiencia de los negocios, de la milicia y de la desgracia le habia enseñado en el trascurso de su vida. Tal vez tambien creia Munick que por tales medios llegaria á captarse la voluntad y el favor de su soberana hasta el punto de alzarse con la gobernacion del Estado.

RULHIÈRE.

Trad. de M. JUDERÍAS BENDER.

(Concluirá.)

LO QUE NO DEBE CALLARSE

MONÓLOGO CRÍTICO-BURLESCO
escrito bajo la impresion del drama

LO QUE NO PUEDE DECIRSE

Y DEDICADO Á SU AUTOR EL INSIGNE POETA

D. JOSÉ DE ECHEGARAY.

PERSONAJES.

JÁIME.....	Padre.
EULALIA.....	Madre.
GABRIEL.....	Hijo.
FEDERICO.....	Idem hasta cierto punto.
PATRIK.....	Inglés (de nacion).
JOAQUIN.....	Cesante.

(La escena empieza en el teatro Español y acaba en la casa de socorro.)

Sala amueblada con decencia. Un balcon á la izquierda: alcoba al foro; dos puertas laterales, otra á la derecha. Todos los huecos cubiertos con *portiers*. Un sofá, un escritorio y una cesta de labor. Al levantarse el telon aparece el actor en bata, toma una vela, registra los rincones, y hecho esto deja la luz y dice en voz baja,—porque no tiene otra,—y suspirando como un solo hombre.

I.

Ni un alma; nada se siente
de la tragedia imponente,
del suplicio sin segundo;
sólo queda en este mundo.

uno, para que lo cuente.
(En alta voz.)

Buenas noches. No es discreto
comenzar sin advertir,
que aquí me mandan venir
para contar un secreto
que no se puede decir.

La contradicción rebosa
patente y clara, á mi fe;
yo en verso, aquellos en prosa;
cosa rara, bien se ve,
pero, en fin... ¡esa es la cosa!

Anunciada la función,
con la alborada del día
comenzó la procesion;
y á las cuatro... ya no había
ni un billete en el cajón.

Sé de alguno que dar quiso
cuatro talegas cabales
por dos palcos principales.
Yo di por un paraíso
cuatro mil doscientos reales.

¡Qué animación, cuánta gente!
Fe ciega, gozo infinito;
sólo en un palco hubo veinte,
sin contar el presidente
del comité del distrito.

¡Qué entusiasmo, qué locura
lujo, poder, galanura,
mujeres de entendimiento,
y debajo de un asiento
un guardia civil y un cura.

Con el recuerdo batalló
y me doy á Barrabás.
Si estaban... pero ¡qué más?
las floristas á caballo
en los mecheros del gas.

Cesó la conversación,
cesaron las armonías,
ansiedad, espectación,
silencio en las galerías
y en la orquesta calderón.

Se repartieron en cesto
avellanas, mostachones,
píldoras, azahar, bombones.
Y así el público dispuesto
á recibir emociones,

Se alzó el telón, ¡ay de mí!
ni un frase, ni una tos:
¡qué drama aquel, porque sí!
y ¡qué drama, santo Dios,
el que voy á hacer yo aquí!

* * *

Escena entre dos hermanos,
Que lo son en Jesucristo,
como el lector y nosotros,

la portera y el vecino.
El primero serio y grave,
triste el otro y expansivo.
Al levantarse el telón
discuten un amorio:
el triste tiene una novia
por la que está consumido,
ella le ha dado una cita
y el padre le ha dado un mico.
El padre es un usurero
que cobra ciento por cinco;
la madre... nada se dice
de la madre por olvido,
por más que en estas tragedias
del primer autor del siglo,
el figurín de la madre
acostumbra á ser el mismo.
Volviendo al padre, que es vuelta
necesaria para el lío,
se sabe que no da gratis
al celestial angelito,
pero que la da á cualquiera
por dos millones y pico.
Rica alhaja, bien se ve,
labor fina, esmalte artístico,
digna del escaparate
de Ansorena (Celestino).
Mas no importa la exigencia,
puesto que al fin Federico
tiene talento, figura,
discreción, saber y juicio:
si no lo dijo su abuela
porque no la ha conocido,
su mamá lo dice, y basta;
punto aparte, y es lo mismo.
Fuera de los dos millones
igual ella y Federico;
Prescindiendo del dinero
lo mismo soy yo que Urquijo.

* * *

El infeliz no tenía
para lograr su esperanza
mas que un tío en Alcalá
y mucha tierra en la Habana.
Consulta el caso á la madre,
que es gorda y se llama Eulalia,
y pasa de los setenta,
lo cual es otra desgracia.
Ella, que está en el secreto,
desaprueba, cosa clara;
insiste el hijo, ella grita...
suspiros, abrazos, pausa.
—Déjala si el padre quiere
á precio tal entregarla.
—¿Qué la deje?—dice el chico,—

¿qué la deje? ¡virgen santa!
 si me voy al otro mundo
 para traer de la Habana
 con el vómito, la fiebre,
 á ver si mi suegro estalla...
 Tú eres mi madre y mi padre,
 con decírtelo á tí basta.
 Mi padre no debe serlo
 segun lo mal que me trata;
 tú de niño me querías
 y te hacía mucha gracia;
 él me daba cada tunda
 que casi me deslomaba;
 con que tú no se lo digas,
 para mi conciencia basta.
 —¡Hijo de mis entretelas!—
 grita la infeliz Eulalia
 Vámonos á Puerto-Rico...
 que es más corta la distancia.
 Otro suspiro, otro abrazo,
 silencio en la escena y pausa.
 Llega á este punto Gabriel,
 ponen los tres malá cara,
 y á otra parte con la música
 se van porque no hacen falta.

Entran por una puerta
 Patrik y el padre,
 y aunque no es el barbudo,
 se llama Jaime.
 Presenta al hijo,
 y Patrik le devuelve
 grave el cumplido.
 Manda á Gabriel el padre
 que llame á Eulalia
 y que con Federico
 venga á la sala
 A este n.º andato
 muéstrase mister Patrik
 muy contrariado.
 —¿Quién es, pregunta, el jóven
 que así se llama?
 —El hijo que deshonra
 toda mi casta.
 —¡Ole, salero!
 —ya he dado con el peine
 por el que vengo.
 Cuando Jaime, que es calvo,
 piensa en el peine,
 se tira de los pelos
 donde los tiene:
 que en la cabeza
 no ha quedado ninguno
 ni para muestra.
 Patrik dice:—Una historia

contaros quiero;
 ¿me dais vuestro permiso?
 —Siempre.—Me siento.
 —¿Somos amigos?
 —¡Ah! desde las Vistillas
 hasta el Retiro.

**

Mister Patrik alimenta
 esperanza tentadora;
 suenan las diez, buena hora;
 Jaime calla, y Patrik cuenta:
 «Un sitio tenaz y duro
 que en Bilbao se levantaba:
 un inglés que se llamaba
 el capitan sir Arturo.

Luchar y vencer con brio
 unidos en un deseo;
 despues horrible saqueo
 en humilde caserío.

¡Santa clara! ¡San Mamés!
 venganza sin ejemplar,
 y vaya usted á averiguar
 lo que sucedió despues.

Fueron premio al fuerte acero
 los más salvajes placeres,
 y aquellas pobres mujeres
 medidas por un rasero.

Sangre, exterminio, rencor,
 luto, deshonra, tristeza,
 mucho dolor de cabeza
 y una llamada al autor.

Doña Eulalia, que oye *al paño*
 esta relacion cruenta,
 en la escena se presenta
 cuando puede hacer más daño

Patrik, galante en mal hora
 al verla, exclama al momento:
 «lo que me falta del cuento
 que lo diga esta señora.»

Fiero instante, trance duro,
 gran sorpresa, sale el chico.
 Dice el padre: ¡Federico!
 Dice el inglés: ¡Sir Arturo!

Crece de Jaime la saña,
 de Eulalia el espanto crece,
 —¡Él es, sí, se le parece
 como un huevo á una castaña!

—¡Véte, infeliz! Y en un brete
 colocan á la criatura.

¡Véte, jóven sin ventura!
 ¡Véte, miserable, véte!

—Patrik, ¡villano, malsin!
 —La justicia.—¡La razon!

—¡Eulalia!—¡Jaime!—¡Perdon!
 Y *pum, catapum, chin, chin!*

Terrible coloquio viene
entre la madre y el padre.
Ella fué por sir Arturo
ultrajada en aquel lance;
Federico el fruto ha sido;
sir Arturo es ya cadáver,
y le dejó una fortuna
que en los bolsillos no cabe:
todo lo que aquí se cuenta
lo tiene olvidado Jáime.
El usurero podrá
vender á precio bastante
la niña de sus entrañas,
rica joya inestimable.
Será feliz Federico,
y Eulalia, y Gabriel y Jáime.
¡Gran virtud la del dinero
que á todos nos hace iguales!
Esto es lo que pasará
en el primer acto, y vale
cien veces lo que en los otros
viene á suceder más tarde.
Siguiendo el cuento, oiga usted
paso á paso el desenlace:

Patrik, que es un caballero,
rabia de celos aparte,
por rabiar de esta manera
para estar interesante.
Federico se marchó
y debe llegar á Cádiz,
si el tren no ha descarrilado,
lo cual es cosa muy fácil.
El inglés desaparece,
pero volverá más tarde.
Gabriel en este momento,
con la cara de vinagre,
dice que el mundo murmura
de un negocio de su padre,
funcionario inteligente
que estaba en tratos con Patrik
de una casa muy famosa
principal representante;
el negocio era de Estado,
contrata, empréstito, o les,
algo de eso que sucede
cuando la Hacienda está exánime.
Este disgusto arma un lío
preciso más adelante,
y que el autor se reserva
para que el drama no acabe.
Otra vuelta á doña Eulalia
(aquí no está quieto nadie).
La perdona su marido,
de ménos echa al infante,
y Gabriel lo va á buscar
con el entusiasta arranque

del que no sabe que guarda
una laringitis grave;
y no lo digo por Vico,
que tiene la voz de un ángel.

Final. Viene Federico,
porque el tren descarriló.
Ya se lo dije á usted yo
que iba á volver ese chico.

—Aunque pese al mundo entero
me caso.—Te casarás.

—¿Y el dinero?—¿No sabrás
de dónde sale el dinero!

—¿Has heredado. ¡San Luis!
De un pariente!—¿Qué placer!
mas si no lo he de saber,
¿para qué me lo decís?

—¿Pues sí!—¿Pues no!—¿Voto va!
Entusiasmo, lagrimones,
Suspiros, exclamaciones,
—¿Madre!—¿Hijo!—¿Cielos!—¿Ah!

Da punto esta situación
á un acto que maravilla;
óyese la campanilla
y se desprende el telon.

El público de repente
se exalta y se pone fiero,
grita como un pregonero
y aplaude como un demente.

La fiebre el ánimo ataca,
el llanto nubla la vista...
y se tira un progresista
desde el palco á la butaca.

II.

ENTREACTO.

Vuelto ya de su estupor,
el público discurría;
y vea el pío lector
lo que la gente decía
A estilo de Campoamor:

Un crítico.—Sin igual.

Un autor.—Fortuna loca.

Carulla.—¿Drama inmoral!

Don Miguel Vicente Roca.

—¿Si yo fuera Ducazal!

Un fatalista.—¿Divino!

Un ingeniero.—¿Sin nombre!

Una mujer.—¿Asesino!

Un cesante.—¿Ese es el hombre
que me dió el primer destino!

Matilde.—¿Bravo, Valero!

Vico.—¡Muy bien, don José!
 Un pariente.—¡Así te quiero!
 La trenza del Quemadero.
 —¡Y luego dirán de usted!
 Un miliciano.—¡Ay, ay, ay!...
 Una florista.—¡Qué lío!
 Una manola.—¡Velay!
 Un torero.—¡Qué sentío!
 Nosotros.—¡Echegaray!

III.

SEGUNDA JORNADA.

(LA MISMA DECORACION).

Jaime con *El Popular*,
 y haciendo labor Eulalia.
 (El cuento de la sortija,
 si no viene bien, encaja.)
 Lleva la pobre mujer
 desde aquella noche infausta,
 puesta al dedo una sortija
 con un líquido que mata.
 Si vuelve por caso raro
 como aquella, otra matanza,
 como en Bilbao, otro sitio,
 como en Valls, otra jarana,
 y don Jaime se halla fuera
 y su mujer sola en casa,
 y otro sir Arturo viene
 y lo anuncia la criada,
 el tósigo que el anillo
 lleva oculto en sus entrañas,
 hallará tumba en el pecho
 de aquella virtud romana
 Jaime quedará sin honra
 y ella quedará sin mancha;
 que la de una mora dulce
 se quita con otra amarga.
 El marido, que adivina
 lo que le sucede á Eulalia,
 —¿por qué temes, le pregunta,
 qué discurre, por qué callas?
 ¿por qué la fatal sortija
 llevas al dedo enlazada?
 ¿por qué á mí no me la entregas?
 —Porque no me da la gana.
 —¿No me das otra razon?
 —No la tengo.

—¡Muchas gracias!

* * *

Aparece Federico
 que alegre y contento está.
 —Siempre que llega este chico

yo no sé lo que me da.
 —Ya concerté con el suegro
 la boda que á nadie humilla.
 (Don Jaime se pone negro
 y doña Eulalia amarilla.)
 Ya le dije que soy rico,
 que el Banco en cuenta corriente...
 —Oyeme bien, Federico;
 tú heredaste solamente.
 —De los millones le hablé
 que guardamos en la caja,
 y él contestó: «¡Bien se ve
 que Don Jaime es una alhaja!»
 —Gran Dios!

—¡Mi padre querido!

—¿Tal dice, voto al infierno?
 ¿Si pensará ese perdido
 que yo le robo al Gobierno?
 —No lo creas... si es así...
 bonachon, francote, rudo.
 ¡Si me quiere mucho á mí
 y á vosotros!

—¡No lo dudo!

—Y ahora que aquí no hay testigo,
 diré sin vergüenza alguna
 un pensamiento que abrigo
 sobre mi pingüe fortuna.
 —Espera: ¿fué tu prudencia
 como el asunto lo exige?
 ¿le dijiste que tu herencia
 secreto ha de ser?

—Lo dije.

—¿Y lo guardará por tí
 si por mí no lo guardó?
 —Hasta cierto punto sí,
 y hasta cierto punto no.

* * *

Pasada la duda aquella
 viene la calma y la paz;
 y prosigue Federico...
 es decir, vuelve á empezar.
 —Pues se me ocurrió advertiros
 que con tan grande caudal,
 ni sé yo qué voy á hacer
 ni en qué lo voy á emplear.
 Tres millones heredé,
 dineros del sacristan
 que ni sé de dónde vienen
 ni á dónde irán á parar.
 Dos para comprar la novia,
 pues por ménos no se da,
 y uno, ¡vamos! no sabeis...
 no quereis adivinar...
 si me quisierais... es claro,
 yo hablo poco, tarde, mal,

Gabriel es el primer hijo,
 vamos... ¿qué decis?... ¡hablad!
 —Que no vengas con canciones,
 que acabes, si has de acabar,
 que no está la *madalena*
 para coser tafetan...
 que tú á mí no me conoces
 y te voy á reventar.
 —Si ya sé que no me quieres,
 y el por qué tú lo sabrás...
 —¡Federico!—Ese millon,
 para tí y para mamá
 queria yo destinarlo,
 y dos ménos uno, en paz.
 —Imposible; no aceptamos,
 pero agradecido vas,
 y no sabes hasta dónde
 tu padre de tí lo está.
 —Para no ser hijo mio
 no siente del todo mal.—
 Véte, Eulalia, y vé con él,
 y no le dejes hablar
 con su hermano; lo conozco
 y sé de lo que es capaz:
 si se entera del asunto
 hará una barbaridad.—
 Silencio, pausa, atencion,
 monólogo colosal,
 espinas vertiginosas,
 aire, fuego, tempestad,
 la calumnia que se sienta,
 la inocencia que se va,
 el rumor sordo que llega,
 la duda fiera y tenaz,
 y relámpagos de sombras
 en la densa oscuridad
 que como sombras se quedan
 y como luces se van.
 Repiques en la cabeza,
 sopapina general,
 cuatro gritos de Valero
 que á maravilla los da;
 y un ataque de aneurisma
 en un palco principal.

* * *

Como recuerdo que fué
 porque me dejó perplejo,
 como pálido reflejo
 del monólogo, oiga usted.

«Jaime, corazon de acero,
 Jaime, inflexible conciencia,
 vas á dictar tu sentencia
 á la faz del mundo entero.

Dudo, y empiezo á creer,
 creo, y empiezo á dudar,

vacilo, y vuelta á empezar,
 ¿qué hago yo, vamos á ver?

Hombre arrojado y valiente,
 mujer que virtud refleja,
 ¿por qué á mi no me aconseja
 una persona decente?

Con el secreto batallo
 y soy de mi mal testigo,
 ¿lo digo?—Pues no lo digo!
 ¿lo callo?—Pues no lo callo!

Digan Apolo y Orfeo,
 y digan Minerva y Diana,
 y la raza americana,
 y el continente europeo,
 quien siente heridas de agravio
 quien lleva hiel en el pecho
 la política, el derecho,
 el comisionista, el sabio,
 el cristianismo inmortal
 y la revuelta morisma,
 si he de romperme la crisma
 contra el duro pedernal!

J. DE FUENTES.—CONRADO SOLSONA.
 (Concluirá.)

ASÍ ES EL MUNDO.

Recuerdo que una vez, cuando aprendia
 En mi edad infantil geografia,
 Mi prudente maestro,
 En enseñar muchachos hombre diestro,
 Para fijar sobre mi mente inquieta
 Qué forma esferoidal tiene el planeta
 En el que habita nuestra especie humana,
 Me enseñó una manzana
 Hermosa, colorada y reluciente,
 Que deseos me dió de hincarle el diente,
 Ejemplar de esa fruta sin segundo,
 Y me dijo:—«¿Lo ves? Así es el mundo.»

Y conociendo al punto los insanos
 Designios que por ella alimentaba,
 Cuando ya la leccion se terminaba
 El fruto tentador puso en mis manos;
 Mas al partirlé alegre y presuroso,
 Podrido hallé aquel fruto tan hermoso;
 Y con tono entre grave, triste y serio
 Que ocultar parecia algun misterio,
 Viendo el maestro mi dolor profundo,
 Me volvió á repetir:—«Así es el mundo.»

JUSTO SANJURJO LOPEZ.